

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 87 - Junio de 2017 - Distribución gratuita | www.universo centro.com



6

La abogada del diablo

10

Siete fechas para una fecha

12

El mar en la maleta

14

Tres versiones de Vallejo

22

Pasajeros de El Pasaje

24

Música satánica

29

Los cincuenta de Cien



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David Montañero Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Gloria Niebla Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 87 - Junio 2017

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Anarquía, lumpen y democracia

por **GABRIEL MATA GUZMÁN**

Fotografía: Juan Francisco Toro

Una cuadrilla de muchachos de la resistencia corría desbocada al grito de libertad contra la Guardia Nacional Bolivariana (GNB). Iban armados con morteros, resorteras, explosivos caseros, escudos hechos de polietileno o latón, cocteles molotov y garrotes.

El ensordecedor grito apabullaba a los guardias que los esperaban con los brazos abiertos.

—¡Malditos verdes! —gritaba un flaco moreno mientras levantaba sus armas, acompasado con sus compañeros. Sus ojos relataban la triste realidad de un pueblo asediado por el último engaño del siglo XX: el socialismo del siglo XXI.

Entre humo y detonaciones, el diverso grupo en vía de organizarse estaba dispuesto a llegar a últimas consecuencias en su idea de liberar al pueblo que fue vanguardia de la independencia latinoamericana.

Los automóviles parados al lado de la protesta, desconcertados como abejas en humo, retrocedían entre la incertidumbre, el miedo y las advertencias de los encapuchados.

—Por allá no se metan si no quieren que les revienten los vidrios —decía un claro acento *malandrea*, acompañado con dos piedras en cada mano.

Muchos, atemorizados por el aura de guerra que emanaba la protesta, intentaban esquivar el trancazo. Otros expresaban su solidaridad con un puño al cielo y un grito. “¡Vamos a ser libres, no joda!”.

Poco a poco los vecinos del sector popular Las Acacias salieron a participar y a observar la danza y la destrucción justificadas con los gritos de la pronta caída de la dictadura.

Algunos infantes formaban parte de la tropa, advirtiendo y alarmando de los peligros que se avecinaban en el enfrentamiento. La mayoría hijos puros de la revolución y sin nada que perder.

La ciudad que una vez fue bastión chavista, Maracay, ardía en llamas después de las cuatro de la tarde del pasado 26 de junio. El humo negro arropaba la Avenida Fuerzas Aéreas e invitaba a los guardias nacionales a unirse al espectáculo de los heridos, muertos y proyectiles en todas direcciones.

El sol caía detrás de las casas. Los sucesivos intentos de avanzada y retirada tenían a la resistencia cansada. Pasaron algunos minutos de guerra de guerrillas. Luego, sin mediar palabra, comenzó la celebración del sadismo.

A pasos lentos pero firmes, los “malditos verdes” con una sonrisa insultante en su cara, comenzaron a disparar proyectiles lacrimógenos contra los manifestantes parados sobre los linderos de la ciudad, la puerta a los sectores populares. Heridos. Quemados. Perdidos en contra toda la ciudadanía, incluidos los niños.

Es la vista de un par de horas desde una pequeña ventana: las retiradas y avanzadas de unos doscientos jóvenes (y otros no tanto) sobre la Avenida Fuerzas Aéreas. Se enfrentaban a la dictadura y estaban determinados a alcanzar su libertad.

Había todo tipo de personas. Señoras *cuatriboleadas* que les acompañaban y apoyaban con agua potable —o gasolina—, y también niños de escasos ocho años que alertaban los peligros a este grupo también conocido como “la resistencia”. Todos personajes en un juego de vida o muerte que puede desencadenar una guerra civil.

Con el pecho desnudo, se organizaron para mantener trancada la Avenida Aragua, en Maracay, cuando una avalancha de gritos tras una emboscada de la GNB me hizo ver lo que realmente ocurría.

Sonaba el chillido ensordecedor de la tanqueta. Las detonaciones y sirenas comenzaban a retumbar en las ventanas, y los gritos de decenas de jóvenes acompasados a sus trotes, dejaban una pregunta: ¿libertad con terror?

Sus verdaderas conquistas de libertad esa tarde, con una bandera amarilla, azul y roja con siete estrellas fijada en el pecho, fueron dos escudos de la GNB y hacer huir a los “malditos verdes” hacia el sur.

Una estela amenazante de humo lacrimógeno frente a la casa. En un abrir y cerrar de ojos, la bomba golpeó y quemó el jardín con el destello y pudimos ver la niebla tóxica frente a nuestros ojos. La perplejidad mientras el proyectil caía en cámara lenta con su humareda picante, desde la biblioteca, un pequeño de siete años atendía a un videojuego.



En pocos segundos la lucha afuera de casa recrudesció, mientras el humo nublaba la ventana, y cada vez más personas salían de las barriadas a apoyar a la resistencia con morteros, explosivos caseros y molotov.

La estela empezaba a adentrarse por las rendijas de las ventanas y los gritos de la localidad empezaron a hacerse claros: “¡Malditos hijos de puta! ¡Son una desgracia para el uniforme!”, denunciaban los vecinos a todo pulmón. “¡Vamos a ser libres, coño!”.

Ya resguardados hasta la caída del sol, lejos de los gases lacrimógenos, en una habitación aislada con ropa de cama, la familia se ahuyenta de la batalla que con las horas alcanzó picos inesperados.

La Guardia Nacional Bolivariana y la Policía de Aragua mantuvieron la represión a los guerreros de los escudos de cartón hasta que cayó la noche. Mientras tanto, pescando en río revuelto, el hampa y la lumpen se habían adueñado de la ciudad, y en los sectores más pobres empezaron a tocar una a una las puertas de los vecinos para animarlos a saquear establecimientos comerciales, panaderías y supermercados.

Salió el malandrane. No es de extrañarse que a las pocas horas la dictadura culpura a la resistencia de los saqueos.

Al día siguiente pude recoger las lacrimógenas. Y subido en un mototaxi, que era parte de un colectivo de motorizados apoyado por el gobierno socialista, recolectar los testimonios que me acabarían de explicar qué pasó durante la larga noche que quedará en el imaginario colectivo. Fue terror anárquico en Maracay.

Algunos ya le llaman el Maracayazo. Policías vestidos de civil guardando un perímetro, mientras guardias azuzaban a los sectores más pobres a acabar con lo que tuvieran cerca. La anarquía desatada en feliz complicidad. En palabras de Francisco de Miranda sería un bochinche. Pandillas y mafias que amenazan para movilizar. Y la Policía y la Guardia Nacional inmóviles. Botellas de ron, comida, harinas, azúcar y lo que viniera.

El botín de cerca de cien locales fue celebrado. Miles de heridos, cientos de detenidos y un muerto. Brutal represión para estudiantes encapuchados. Ausencia de ley ante el vandalismo y los saqueos. Violencia para manifestantes pacíficos, complacencia para la criminalidad.

¿Y la Policía y la Guardia Nacional Bolivariana? Resguardando el botín de la dictadura y el crimen. Matando estudiantes. Ayudando al narcotráfico. Dejando al crimen operar impunemente.

Frente a esto las personas tienen dos opciones. Que darse encerradas en casa y no exponerse al campo de batalla que es la calle; o salir a defender a su gente del asedio del gobierno y los grupos delictivos y los paramilitares.

En varias familias se debate, discuten y lloran sangre al ver que sus niños de dieciséis años quieren ponerle el pecho a las armas de la dictadura. Noches de desvelo esperando lo mejor.

Después de más de 96 muertos, 1 300 detenidos, miles de heridos y un Estado que no tiene control sobre el país, los noventa días de protesta se quedan pequeños con lo que viene. Un exdirector de la extinta Policía Técnica Judicial lo confirma: “Ahora es que está empezando la vaina. Cuidense...”, dice con un sincero tono de preocupación.

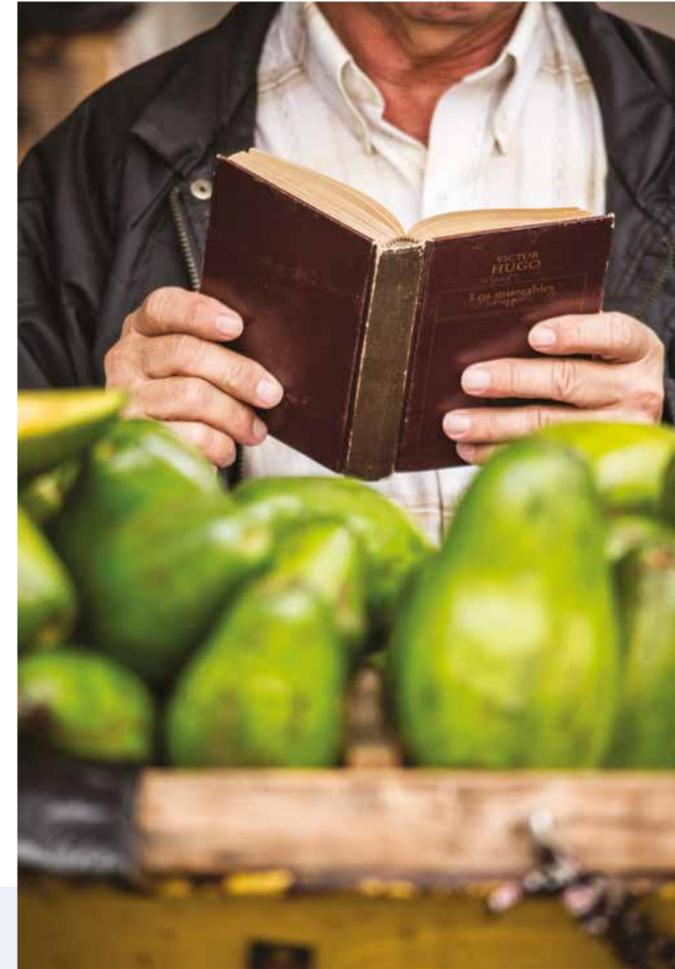
Los jóvenes de la resistencia civil no piensan en el cuidado: “Cuando ves en la cara de los guardias su sed de sangre y ganas de matarte, sabrás que tienes que salir a defender a tu gente”.

Un niño de la resistencia que aún está en el colegio lo plantea de esta manera: “Los adultos tienen que cuidar a los suyos. Las mujeres cuidar a los carajitos. Y nosotros que tenemos la fuerza y la edad tenemos que salir. Porque si no somos nosotros, ¿quién lo hará? Yo no voy a quedarme en mi casa mientras la mayoría que tienen mi edad salen a dar la cara. Los del frente somos los jóvenes”. ©

Cruces a cuestras

por **JOSÉ LIBARDO PORRAS**

Fotografías: Juan Fernando Ospina



LECTOR Avenida Oriental con calle Caracas

Llega por la Oriental arrastrando una canasta plástica de las usadas para trajinar productos en fábricas y supermercados. De allí saca una escoba sin palo, barre el espacio colonizado en la acera, donde nunca da el sol ni cae la lluvia, y recoge la basura en una bolsa que arroja al basurero pegado al poste del semáforo. Saca una banqueta y la arrima a la pared. Saca la caja plástica de cerveza con los aguacates que venderá, la vacía cuidadosamente, la coloca boca abajo en su puesto original y encima distribuye la mercancía. De un soporte sirve un vaso de café y bebe a sorbitos antes de dejarlo a medio consumir a sus pies. En esa canasta roja cabe lo que el hombre requiere para vivir. Saca una piedra de amolar en un soporte como una plantilla de zapatero. Saca dos cuchillos de matarife, se sienta en la banqueta con la piedra amoladera entre las piernas y comienza el trabajo: apoya la hoja en la piedra, la presiona ayudándose con el peso de su cuerpo, la desliza hacia adelante, vuelve a la posición inicial y repite el movimiento, que es un balanceo. Cada cierto número de balanceos comprueba el filo con dedos expertos, cambia de lado a la hoja y continúa. Cuando los cuchillos están a su gusto los

acomoda entre la canasta, al alcance de la mano. Si se le preguntara por qué afila tanto los cuchillos, contestaría que lo hace porque le gusta vender los aguacates partidos a la mitad de modo que el cliente no vaya a llevarse uno podrido, y para eso no le sirven cuchillos mellados. Aun así, semejante minuciosidad en el afilado de esas herramientas le cuadraría más a un jifero. Los delincuentes, que a diario extorsionan a los comerciantes del sector, a él no se acercan si no es para comprar. Enseguida bebe el resto del café, ya frío, saca de la canasta un libro y se dedica a leer. Sabe que a esa hora es improbable que alguien pase por el lugar pensando en aguacates: los aguacates tienen su hora antes del almuerzo y, de pronto, antes del anochecer. Aunque lee con un solo ojo mientras con el otro registra cuanto sucede de una a otra calle, le basta para sumergirse en los mundos de su lectura. Verlo amolar sus cuchillos puede hacerle subir a uno cierto temblor por el espinazo, y ese temblor se multiplica si luego se le ve leer. ¿Cómo se entrelazan los actos de afilar un cuchillo y leer un libro? ¿Qué le sugieren esos libros? ¿Qué pensamientos desolla y descuartiza en tanto lee? ¿Cómo actúan en su

cerebro y en su corazón cuando ha dejado de leerlos? ¿Comparte sus lecturas con alguien? ¿Cómo las goza y padece? Preguntas cuyas respuestas tal vez nadie conozca jamás, pues el hombre apenas se permite algo de conversación con uno que otro cliente, siempre respecto al negocio; preguntas que a nadie suscitaría si solo se le viera leer periódicos y revistas de farándula o deportes. Barrer, afilar, leer... Tal es su rutina antes de que empiecen a caer los consumidores de aguacates. Pero una o dos veces a la semana introduce una variación. Saca una tijera. Saca un espejito de bolsillo con marco azul de pasta dura y una estampa del Sagrado Corazón de Jesús al respaldo. Con el espejo en la mano izquierda, frente a su cara, y la tijera en la derecha, durante cinco o diez minutos da tijeretazos calculados supervisándolos con miradas en el espejo no exentas de vanidad. Cinco o diez minutos escamoteados a la lectura de un manoseado ejemplar de *Los miserables*.

Evocar el cuadro del vendedor de aguacates con el espejo en una mano y la tijera en la otra, me provoca una mezcla de emociones que, al final, se resuelve en una sonrisa de compasión: si por él o por mí, lo ignoro.

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M



ESTUDIAR

Córdoba con calle Colombia

Le atrae de su esquina que por ahí pasen cientos de jóvenes rumbo a las universidades y los institutos técnicos y tecnológicos, y decenas de ellos se detengan ante el exhibidor a echar un vistazo a los titulares de los periódicos.

Futuros abogados, economistas, pedagogos, administradores... Ella a todos los admira. A todos los anima. Su lema: no renegar, no quejarse. ¿Acaso su mayor felicidad en el liceo no la halló en los trasnochos, durante las temporadas de exámenes? Estudiar. Estudiar. He ahí su mejor música. Si las ventas mejoraran, podría comprar el formulario e inscribirse para presentar el examen de admisión en alguna universidad. Si tantos lo aprueban, ella también podría. Si tantos se hacen profesionales, ella también podría.

Si las ventas mejoraran y ella disminuyera esto y suprimiera aquello... Disminuir, suprimir, abstenerse.

Si entrara a estudiar tendría que seguir en la venta de periódicos hasta que la llamaran para trabajar a medio tiempo en alguna dependencia del gobierno, en una compañía líder, en una multinacional o algo así.

Mas, para atender, a la vez, la venta de periódicos y sus estudios universitarios, su hijo tendría que ayudarlo, y para ayudarlo tendría que crecer saludable y, para crecer saludable, ella no podría disminuir, ni suprimir ni abstenerse.

Estudiar. Estudiar. He ahí su mejor música.



MARITZA

Avenida León de Greiff con carrera Cundinamarca

Fabiola deja su vivienda a las siete de la mañana y antes de las ocho ya es Maritza.

Antes de las ocho, a la entrada de la pensión El Ensueño, Maritza luce una trusa blanca de malla con encajes que le va del cuello a media pierna y que, sin ser de aire ni de cristal, deja traslucir sus pechos, aún firmes, de areolas rosadas y pezones cárdenos; deja traslucir el sombrío bulto de su sexo y deja

traslucir los rollos de grasa en la cintura y las caderas.

Recostada al marco de la puerta, Maritza convida a los caballeros a ser felices en su compañía durante un rato. A hora tan temprana no faltan clientes: llegan los que vienen de cumplir su turno en la fábrica y desean diversión antes de volver a lo mismo de todos los días que es el hogar; llegan los insaciables que no han conseguido rematar la fiesta iniciada la noche anterior; llegan los madrugadores. Años atrás, Fabiola consideraba que un cuadro como el de Maritza a la entrada de la pensión El Ensueño antes de las ocho de la

mañana, vestida con una trusa transparente que la desnudaba, era posible en Amsterdam y otras ciudades principales, no en su Medellín del alma, a una calle de la Plaza Fernando Botero, adonde acuden los visitantes ilustres a fotografiarse junto a las esculturas del maestro. Sus colegas enumeran las desventajas de ejercer en ese horario: los clientes no están borrachos, que es cuando son más confiados y generosos; los clientes no las invitan al paraíso de las drogas y el alcohol; los clientes quieren sexo y no se dejan meter gato por liebre. Por razones idénticas, Maritza no cambia este turno por ninguno

otro. Además le permite despachar a su hija para el liceo, como una madre cabal, y estar en casa para recibirla a su regreso, pues a la una de la tarde sube las escalas de la pensión El Ensueño por última vez solo para ponerse la ropa con que volverá al barrio, donde no es Maritza sino Fabiola, la mamá de Carolina, la niña que da ejemplo a las chicas del vecindario. Carolina cree que ver el cuadro de Maritza a la entrada de la pensión El Ensueño antes de las ocho de la mañana, vestida con una trusa transparente que la desnuda, es posible en Amsterdam y otras ciudades principales, no en su Medellín del alma.



RITOS

Calle Bolivia con Venezuela

Me alertó la lluvia de aplausos, mas, al llegar al sitio ya se iban los espectadores.

El hombre recogió el lienzo como de aire que usara de escenario, lo dobló hasta reducirlo a la apariencia de una billetera, se sentó muy filosóficamente sobre los adoquines, puso el paquete del lienzo en el zurrón de cuero que le cruzaba el pecho, buscó allí con manos que veían y extrajo un huevo. Por sus movimientos y gestos levíticos creí que sacaría un cáliz, un incensario, una lámpara con gemas y piedras preciosas. Pero no. Sacó un huevo de gallina cocido. Lo giró ante sus ojos como para medirlo con la mirada y ver el cosmos al trasluz, lo peló, echó las cáscaras en el zurrón y comenzó a comerlo ante los desocupados que recién llegábamos a buscar entretenimiento de gorra.

Su piel de celofán, sus rasgos y su figura longilínea prometían un espectáculo consistente en ver a Confucio en el atrio de la catedral comiendo un huevo duro.

Intercambiábamos miradas, sin entender. Ahí tenemos en persona al artista del hambre, dijo alguien deseoso de protagonismos. Él mordisqueaba menzucos de huevo y los diluía en la boca con movimientos pausados. Jestis de Nazaret multiplicando panes y peces para todos. Era como si la solemnidad hiciera más nutritivo el alimento, incluso como si lo nutritivo no fuese el alimento sino la ceremonia. Al cabo se reincorporó, hizo una reverencia al vacío y partió caminando como por la superficie de un lago ilusorio, o levitando. Todos nos dispersamos, quizá sin saber adónde dirigirnos. Yo retorné a casa prefigurándome la comida que iba a preparar y el vino que iba a servir esa noche en consagración de lo que constituiría otro comienzo en mi vida. ©



La abogada del diablo

por CAROLINA CALLE

Los ojos del uniformado tenían la luz intermitente de una advertencia. Con esa mirada le anunciaba a esa mujer flaca y rubia lo que tenía al frente: “Peligro a la vista”. La abogada no captó la señal de alerta e insistió: “Por favor, quítele las esposas, necesito hablar con el detenido”. El guardia le liberó las manos a ese recluso que venía desde la prisión bajo extremas medidas de seguridad. Antes de apartarse y dejarlos a solas, el carcelero volvió a mirarla, esta vez para decirle también con un gesto: “Tenga cuidado”.

—¿Usted es Jaime Iván? —le preguntó ella al acusado y él asintió con su cabeza—. Mi nombre es Natalia Zuluaga, a partir de ahora seré su defensora —le extendió la mano derecha y lo invitó a tomar asiento frente al estrado mientras el juez daba la orden de comenzar la audiencia.

—Lo acusan de varios delitos, ¿usted los cometió? —indagó en voz baja mientras ojeaba el expediente. La primera página decía que el imputado nació en 1971, que medía 1.73 metros de estatura y que su captura había sido el 13 de junio de 2016.

—Sí doctora, yo los estrangulé —respondió sin titubeos.

En ese momento Natalia comprendió lo que el guardián trató de sugerirle con un guiño. Ese tipo de cabeza afeitada y sin barba, de pestañas largas y piel blanca, no era cualquiera.

El acusado sacó de su bolsillo un recorte de prensa y se lo entregó a la abogada como si fuera un documento de identidad. Ella lo desdobló, reconoció su rostro y leyó un titular que lo presentaba como “el monstruo de Guarne”. Natalia no estaba al tanto de la fama de su defendido ni sabía que sus crímenes habían sido noticia de primera plana.

El periódico *El Colombiano* comenzó el cubrimiento el 18 de junio: “Hombre confesó asesinato de su esposa, hijos y 20 personas más”. Dos días después los medios internacionales ya estaban tocando el tema y *El País* de España también lo mencionaba en sus páginas: “Un hombre confiesa haber matado a 25 personas”.

Mientras los forenses hacían labores de exhumación, las emisoras revelaron que el delincuente coleccionaba prendas y accesorios de sus víctimas. Algunos psiquiatras consultados definieron al autor como un psicópata. La revista *Semana* lo incluyó en el ranquin de asesinos en serie colombianos y su nombre apareció junto al de Luis Alfredo Garavito y “el monstruo de Monserrate”.

En vista del despliegue mediático, el alcalde de Guarne aseguró que este acontecimiento era un “hecho aislado”, que no empañaran el buen nombre de un municipio “pujante y tranquilo”. El secretario de Gobierno también habló preocupado frente a las cámaras: “Hay que aclarar que este señor no es nativo de Guarne, simplemente vino hace tres años, se radicó aquí y se ubicó en una finca como mayordomo”.

La Fiscalía lo presentó en sociedad como un trofeo. Su captura era el resultado de cinco meses de atar cabos sueltos. A partir de una denuncia, detectives del Gaula de Oriente rastrearon la señal del celular de una de las víctimas y obtuvieron las coordenadas en la vereda Hojas Anchas de Guarne. A diferencia de otros criminales que agachan la cabeza o dan la espalda cuando los fotógrafos disparan sus flashes, Jaime Iván Martínez Betancur prefirió dar la cara y pedir la palabra. Quedó registrado cuando los uniformados lo cogieron de gancho y lo escoltaron a lo largo de una vía sin asfalto. Caminaba erguido, mascaba chicle y lucía la camiseta del Atlético Nacional mientras una decena de reporteros trataba de seguirle el paso.

—¿Jaime Iván usted reconoce que asesinó a su familia?

—Si ustedes quieren escuchar la verdad, yo les digo la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Yo maté a mi compañera, a mis dos hijastros y a la amiga de mi compañera porque le hacía los cuartos con otro hombre. Me llené de ira y los maté.

—¿Y las otras personas?

—¿Cuáles otras? No tengo otro crimen encima. Son solo esos cuatro.

—¿Por qué dijo inicialmente que eran veinte?

—Eso se lo dije a un sapo infiltrado que tenía aquí (en el calabozo). Él se estaba endiosando diciendo que había hecho cincuenta mil crímenes y yo por generarle el mismo temor que él me estaba generando a mí, le dije que yo también he hecho cincuenta mil cosas.

—¿Por qué mató a los niños?

—Realmente estaba ciego de la ira.

—¿Estaba drogado?

—¡Nunca! ¡No me he drogado jamás! —respondió tajante como si esa pregunta hubiera sido una ofensa.

—¿Qué sintió después de matar a los niños?

—No sé qué se siente en el medio de la ira.

—¿Se arrepiente? —le preguntó el periodista que había hecho la primera pregunta.

—¿Se arrepiente? —repetió por si acaso no había escuchado.

—¿Se arrepiente? —insistieron en coro. Por tercera vez, Jaime Iván guardó silencio.

Tres meses después, Natalia tenía a ese individuo hablándole al oído, contándole cómo conoció a su primera víctima. A María Natalia García Gil se la presentó un sendero y su bicicleta. Andaban los mismos caminos y después de varios meses, la invitó a compartir su ruta y la vida entera. La presentó como su mujer a los patrones de la finca donde era el mayordomo. Trabajaron la tierra a cuatro manos, hicieron equipo y cuando ella extrañó a sus dos hijos porque estaban lejos, Jaime Iván le propuso traerlos para que fueran familia.

El lunes 19 de septiembre de 2016, a las 3:02 p.m. el juez miró su reloj y comenzó la audiencia de formulación de acusación. Natalia tomó el micrófono cuando el juez le otorgó la palabra para que cada una de las partes se presentara: “Gracias su señoría, por la defensa actúa Natalia Zuluaga Rivera, abogada adscrita al Sistema Nacional de Defensoría Pública”.

Natalia es contratista de la Defensoría del Pueblo, la entidad del Estado que le brinda un abogado a quienes no tienen dinero para pagar uno. En términos formales es defensora pública, mal llamada “abogada de oficio”, su misión es representar los derechos del procesado, si es inocente demostrarlo, si es culpable amortiguar el peso de la ley que viene a caerles encima.

Se la pasa en los pisos más altos del edificio de los juzgados en La Alpujarra, visitando reos en los penales o estudiando expedientes en su oficina. Puede desayunar con un caso de inasistencia alimentaria, almorzar con uno de hurto calificado y cenar con alguno de acceso carnal violento.

En su tiempo libre cambia los artículos de la Constitución por las notas del pentagrama, los tacones por zapatillas de ballet, los alegatos por clases de canto. No pierde el tiempo en redes sociales porque no tiene. Cerró el Facebook cuando empezaron a llegarle solicitudes de amistad desde la cárcel, las únicas notificaciones que recibe le llegan al correo electrónico y provienen de los juzgados.

“Buenas tardes”, saludó el procesado con acento paisa en esa primera audiencia en Medellín. Habló con fuerza y pronunció sus nombres como si fueran uno solo. “Mi nombre es Jaime Iván”. El juez informó que la fiscal no pudo asistir porque estaba en otra diligencia judicial. “Por esa razón el despacho se ve en la obligación de reprogramarla. Siendo las 3:07 p.m. se suspende esta audiencia, a ustedes gracias por la asistencia”.

El acusado retomó el hilo del relato en voz baja junto a su abogada. El 3 de noviembre de 2015 a las 7:30 a.m. su pareja le confesó que tenía otro hombre.

—Me ardía la sangre. “¿Decime qué te da él que no te da yo?”. “Tranquilidad”, me respondió y yo le dije: “Entonces yo te voy a dar tranquilidad para siempre”. Nos fuimos a cuidar los animales, tomé una cuerda y la cogí por el cuello. No se lleva un minuto para morir. Cuando ya estaba muerta, la empaqué en un costal de fibra, me la eché al hombro, la llevé hasta una zanja de la finca y la arrojé.

—¿Por qué mató a los hijos? —indagó la doctora.

—¿Para qué se iban a quedar en este mundo sin mamá?



Ilustración de Elizabeth Builes

—le objetó Jaime Iván. Luego le contó que dos meses y medio después hizo lo mismo con la vecina “porque fue la que le presentó al tipo”.

—Este caso no me parece normal, esto no lo comete una persona en sano juicio —opinó Natalia—. ¿A usted qué le pasó?

Jaime Iván la miró y antes de responder el guardia interrumpió porque ya era hora de llevarlo de vuelta a su celda. Natalia le anunció visita en días venideros para conversar sin afanes. Él aceptó y, antes de ser esposado de nuevo, se despidió de un apretón de mano.

Natalia se echó antisolar en la cara y un poquito de rubor en las mejillas. Cogió carretera y por la vía al mar llegó a ese puerto de naufragios. En el kilómetro seis hacia el occidente está Pedregal, Complejo Penitenciario y Carcelario de Medellín, donde vive Jaime Iván. En las afueras del corregimiento de San Cristóbal emerge esa mole gris, un edificio soberbio que le prohíbe la entrada al sol. Desde afuera se siente la penumbra y se presente el olor a clausura. Se escuchan las voces engullidas por las rejas y se ven las manos de los presos a través de las ranuras.

Natalia mostró la cédula, una guardiana le escucó la espalda, la cintura y los bolsillos, cruzó descalza el detector de metales, puso la huella del dedo índice sobre la hoja de un libro y coronó con una libreta y un lapicero entre manos. En su brasier traía un amuleto escondido. Una medallita de San Benito y otra del Milagro de Buga. Tiene la costumbre de llevarlas consigo para que la cuiden cada vez que cruza la frontera hacia ese infierno.

Jaime Iván tiene diez minutos de sol al día, está encerrado en la Unidad de Tratamiento Especial, duerme en una celda de aislamiento, separado del resto, no por castigo sino por seguridad. A quien se mete con niños le va muy mal adentro. En un patio común es candidato a linchamiento y su vida está en riesgo.

Jaime Iván llegó escoltado al locutorio, lo dejaron a solas con la doctora y ambos fueron al grano. Ella escuchó y tomó nota hasta antes del mediodía. El relato de Jaime Iván le tumbó el poco rubor que llevaba. Quedó con un vacío en las entrañas y una sensación parecida al hambre que duele o amilana.

Sintió una necesidad apremiante de encontrar refugio, en vez de ir a la oficina buscó un lugar donde escaparse.

Le urgía conversar con alguien sobre los pormenores de la vida de ese hombre. Necesitaba un interlocutor que no le dijera lo mismo que todo el mundo: “Que se pudra en la cárcel”.

Elegió a una mujer *ad portas* de los ochenta años, la persona que le enseñó a ver la vida de otra forma. Socióloga de profesión, pianista por afición, su amiga por suerte y su madre por accidente. Natalia es la hija menor de una docena que Piedad Rivera trajo a la Tierra. Como ninguna, les enseñó a sus hijos a respetar a los murciélagos y a querer a las brujas. Después de Jesucristo, Don Quijote fue un modelo a seguir en esa casa. Doña Piedad nació en los años treinta con el corazón en el lado derecho y con el resto de los órganos en el lugar opuesto. Natalia no le heredó esa malformación genética pero sí la facultad de ver siempre las cosas desde otro lado, en otras palabras, la facilidad —para muchos insoportable— de llevar siempre la contraria.

La señora Piedad la recibió con sopa y seco. Antes de meter la cucharada a una sopa de guineo, Natalia empezó a narrar esta historia. Jaime Iván nació el 16 de julio en Samaná, Caldas. Llegó enfermo al mundo, lo mandaron para la

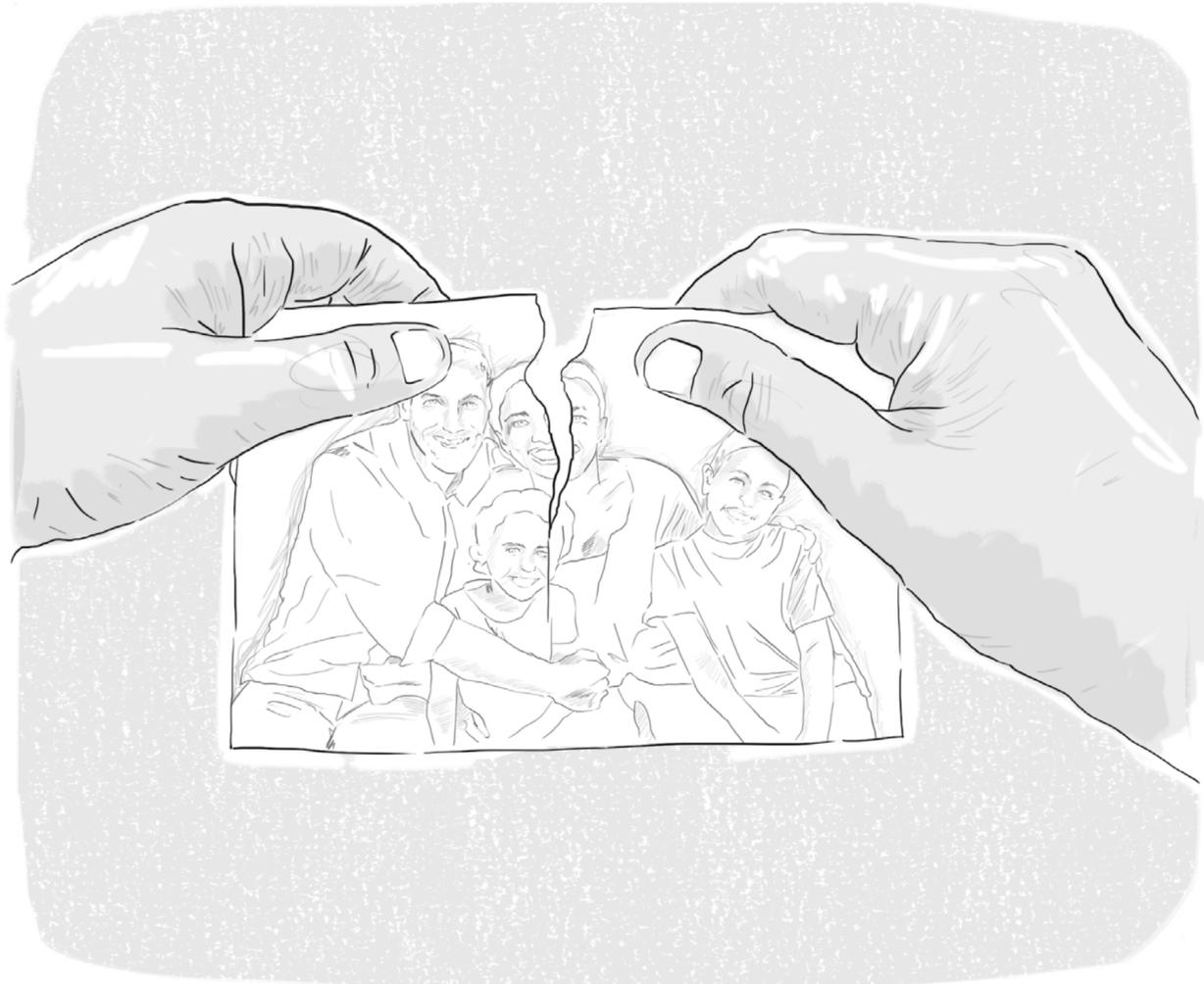


Ilustración de Mónica Betancourt

casa de la abuela mientras cogía aliento. Dos años después fue solicitado por sus padres y trasladado a una vereda.

Fueron siete hijos: cuatro hombres, tres mujeres; él llegó de quinto. La mayor tiene más de cincuenta años, el menor se acerca a los cuarenta y él ajustó 45. No tiene memoria de juegos en el campo. Recuerda su hogar como un lugar de trabajo, a sus hermanos y a su madre como compañeros de faena y a su padre como el patrón. Un jefe rudo, usuario del grito, subordinado del licor, proveedor de castigos.

Jaime Iván tenía que estar despierto desde las 6:00 a.m., ir a la escuela y regresar a jornalear. Tiene recuerdos perforados por el hambre. Se la pasaba en las tardes cogiendo café, cargando caña, arriando bestias, consiguiendo el revuelto y tomando aguapanela para pasar el cansancio. En las noches trataba de hacer tareas pero lo vencía el sueño. Como su rendimiento en clase no era bueno, llegaron las quejas de los maestros y con ellas las pelotas en casa.

El ambiente empeoraba cuando amanecía la cama mojada, sin darse cuenta, en la madrugada se orinaba. Ante el correa, el estrujón o la trompada, Jaime Iván contenía el llanto. Ese gesto desajustaba a su padre porque lo asumía como un desafío. Entonces lo cogía de los brazos, le clavaba un alfiler bajo la uña, dedo por dedo, mano por mano, hasta que por fin soltara la primera lágrima.

Aunque a todos los maltrató, tuvo una fijación con Jaime Iván porque no manifestaba el dolor. Mientras más resistente se hacía, más lo lastimaba. Con el tiempo cambió la modalidad de

tortura. Un día de feria le exigió acompañarlo al pueblo. Lo obligó a quitarse los calzoncillos y a ponerse el vestido de una hermana. Después de caminar por trocha llegaron al parque principal y allá, a la vista de damas y caballeros, niños y niñas, improvisó un espectáculo.

Con un bastoncito comenzó a alzarle la tela del vestido, por delante y por detrás. Nadie entendía la intención de ese acto, para qué vestir a un niño de cinco años con atuendo femenino para luego mostrar sus genitales en público. Unos insultaron al padre, le gritaron loco, otros se burlaron del hijo, lo miraban como si fuera un animal de circo. Jaime Iván sentía vergüenza y ahogo, pero todo lo guardó. No podía darle el gusto a ese señor de verlo llorar.

Otra vez la golpiza le tocó a su madre. Jaime Iván no sabía qué hacer con tanta impotencia mientras ese hombre trataba de hacer tareas pero lo vencía el sueño. Como su rendimiento en clase no era bueno, llegaron las quejas de los maestros y con ellas las pelotas en casa. El ambiente empeoraba cuando amanecía la cama mojada, sin darse cuenta, en la madrugada se orinaba. Ante el correa, el estrujón o la trompada, Jaime Iván contenía el llanto. Ese gesto desajustaba a su padre porque lo asumía como un desafío. Entonces lo cogía de los brazos, le clavaba un alfiler bajo la uña, dedo por dedo, mano por mano, hasta que por fin soltara la primera lágrima.

—Papá, por qué no me mata de un disparo, así usted descansa de mí y yo descanso de usted —le pidió Jaime Iván en tono de súplica buscando una salida a esa intranquilidad.

—Es que no es lo que usted quiera, es lo que yo quiera —le replicó mientras levantaba una roca del tamaño de un ladrillo. Sacó una cuerda, le hizo un

par de nudos, agarró a Jaime Iván a la brava, le ató la sogla al cuello, le colgó la piedra y lo empujó al río.

—Esta defensora tuvo conocimiento de unos antecedentes de Jaime Iván Martínez Betancur que dieron lugar a que emitiera una orden de trabajo para que los médicos legistas de la Defensoría del Pueblo hagan una evaluación acerca de las condiciones mentales que pueden dar lugar a alegar una inimputabilidad —informó Natalia en la sala de audiencias el 22 de noviembre de 2016—.

También se solicitará al Grupo de Clínica de Psiquiatría y Psicología Forense del Instituto de Medicina Legal designar un profesional para evaluar y emitir un dictamen acerca de una posible enfermedad mental. Considero que se debe aplazar esta audiencia con el fin de tener un dictamen preliminar para determinar si es o no pertinente incluir o descartar esta posibilidad. Si le hubieran preguntado al imputado sobre la idea de su abogada no hubiera respondido. Sabía que en los juicios declaraban inocentes o culpables, pero jamás había escuchado la palabra inimputable.

—Después de haber hablado con su hermana sobre su infancia, yo creo que usted podría estar afectado psicológicamente. Quizás lo que cometió no lo hizo en sus cinco sentidos —le insinuó la defensora.

—Yo no estoy loco —le interrumpió convencido.

—¿Alguna vez fue a donde el psicólogo? —indagó Natalia.

—Nunca en mi vida he ido donde un médico —le contestó con orgullo.

—Permita que lo vea un experto para establecer cómo está su salud mental. De pronto la cárcel no es el lugar en el que usted deba estar recluido —le insistió.

—Yo hago lo que usted me diga, doctora —respondió con un dejo de resignación.

Aunque todas las partes aprobaron el aplazamiento de la audiencia para explorar si el procesado estaba cuerdo o no, afuera de la sala una de las funcionarias interpelló a la abogada.

—¿Cómo se le ocurre? ¿Si lo que hizo este tipo fue horrible?

—Yo sé... pero de pronto tiene un trastorno mental y pudo haber actuado en un estado transitorio de demencia.

—¿Cómo va a ser inimputable? —Puede que me digan que no y voy a quedar tranquila porque lo intenté. Este es mi rol, yo soy defensora.

—¿Qué es esto? —Si estoy pidiendo una evaluación mental es porque algo surgió en la investigación. Yo no dije: “Voy a dilatar esta audiencia porque sí, injustificadamente”. Si a mí la ley me da una herramienta yo la utilizo.

—¡Está loca!

El 18 de enero de 2017 volvieron a encontrarse en el Palacio de Justicia. El sindicato se puso tenso cuando reconoció a su mamá entre el público.

—Señor Jaime Iván, el despacho le va a preguntar si acepta la responsabilidad de los delitos de homicidio agravado y desaparición forzada agravada.

—Sí su señoría.

—¿Usted lo hace de manera libre, consciente, voluntaria?

—Sí.

—Usted está consciente de que el despacho deberá emitir una sentencia condenatoria en su contra. Esto es una pena de 42 años de prisión, una multa de 10 664 salarios mínimos legales vigentes y que usted no puede retractarse de esto más adelante.

—Sí.

—¿Hay alguien que lo esté obligando o presionando para que acepte los cargos?

—No su señoría.

Natalia salió cabizbaja ese miércoles de enero. No se pudo quitar a Jaime Iván de la cabeza, ni las cifras de esa condena. Pensó en lo que hizo bien, en lo que hizo mal, en lo que pudo haber hecho. Quedó con la conciencia tranquila.

Desde noviembre todo se opuso. La estrategia no era hacerle una gambeta a la justicia, ni ahorrarle años de cárcel a su defendido. Se lo imaginaba encerrado por décadas en una celda matando tiempo. ¿Qué hacer con el trauma, el duelo mal elaborado, el vacío, la verdadera causa de su comportamiento desviado? No solo necesita un tratamiento de resocialización, también uno psicológico, psiquiátrico, espiritual. Alguno que lo corrija pero que además lo alivie, que si acaso sale libre a los 87 años no salga igual ni peor.

A pocos días de reunirse con miembros de la Unidad de Investigadores de la Defensoría del Pueblo para analizar el caso, recibió una llamada que parecía de larga distancia.

—Doctora, con Jaime Iván —la saludó desde el penal y con cierta premura continuó—, estuve pensando y yo quiero aceptar los cargos de una vez.

—De pronto hiciste eso sin estar en tus cabales, esperemos que salga el resultado.

—Bueno, yo hago lo que usted diga entonces.

Los expertos de la Defensoría del Pueblo fueron directos: “Qué hizo y cómo lo hizo”. Luego de escucharla, descartaron cualquier posibilidad de alegar una inimputabilidad. Primero, quien asesina y luego desaparece el cuerpo es tan consciente de su culpa que por eso mismo lo oculta. Segundo, dos meses y medio después, repitió el crimen del mismo modo. De eso se infiere que hubo premeditación. En vez de encontrar atenuantes en este caso, sobran los agravantes. Para acabar de ajustar, Jaime Iván no tenía historia clínica en la cual respaldar un supuesto trastorno mental de vieja data.

Aún así buscó la cita con peritos del Instituto de Medicina Legal y solo había turno en siete meses. Cuando Natalia comenzaba a descartar la idea, su celular volvió a timbrar.

—Doctora, con Jaime Iván —cruzaron saludos y él prosiguió con la voz perturbada—. Yo no estoy loco... yo quiero salir de esto ya.

—Bueno Jaime Iván, aceptemos.

Natalia informó a la fiscal sobre la voluntad de su defendido de aceptar los cargos para finalizar el asunto de manera breve y sin ir a juicio. Así renunciaba además a la posibilidad de ser declarado inimputable y pasar su condena durante veinte años en un hospital psiquiátrico.

Después de un tire y afloje, pactaron 42 años de prisión y una multa de más de siete mil millones de pesos. Cuando Natalia le

preguntó a Jaime Iván si estaba de acuerdo con esa negociación, aceptó sin pensarlo. Atrás entre el público donde estaban los familiares de las víctimas tampoco hubo reparos. En una esquina una anciana, de baja estatura, con la piel ajada, contextura frágil y apariencia campesina no dejó de mirar al condenado. Cuando un guardián lo cogió del brazo y se lo llevó espadado con las manos en el coxis, la señora se acercó y le dio un abrazo.

En marzo de 2017 Natalia recibió una llamada del canal Caracol. La productora del programa El Rastro —de los mismos creadores de Séptimo día— le manifestó el interés de incluir su testimonio en el próximo capítulo.

—¿Cierta que usted defendió al monstruo de Guarne?

—¿Cuál monstruo? Yo defendí a una persona —le dijo molesta, cansada del tema y se abstuvo de dar una declaración frente a las cámaras. Ya se imaginaba recibiendo insultos en la calle por cuenta del enfoque del programa. A Jaime Iván también lo contactaron los realizadores y aceptó.

—¿Usted sí quiere dar esa entrevista? —lo confrontó Natalia tratando de disuadirlo—. Puede verse amenazado aquí en prisión.

—Yo voy a hablar, doctora, tengo que hablar.

Antes de despedirse, Natalia le advirtió que ya no podría acompañarlo más, que en las próximas audiencias estaría a su lado otro abogado porque había aceptado otro trabajo.

—¿Doctora, cómo así que me va a dejar? —le reclamó.

Natalia no supo qué decir, solo le sonrió y antes de irse de la prisión se zafó las medallas que traía escondidas y le entregó la del Milagroso de Buga.

—Gracias doctora, la voy a guardar —le dijo mientras la empuñaba.

—Él le va ayudar a sobrevivir acá.

La última vez que Natalia vio a Jaime Iván fue en televisión el 1 de mayo de este año. El programa El Rastro fue emitido en la noche de ese lunes festivo. A diferencia de los noticieros que resumen un suceso en un minuto y medio, este formato de televisión le otorgó 42 minutos para reconstruir los hechos aún cuando los familiares de las víctimas, al enterarse de la participación del condenado en el capítulo, pusieron una tutela implorando que no le dieran más la palabra a Jaime Iván. Ya la verdad se supo y la justicia llegó, los detalles sobran y solo siguen desgarrando.

No hicieron caso. Enfocaron el ceño fruncido en un primer plano de Jaime Iván. Su voz la acompañaron de tambores para aumentar la tensión de su relato. Con unas botas negras simulaban los pasos del asesino. Pusieron en escena a un oso de peluche cayendo en cámara lenta y luego exhibieron sin retoque una calavera. Cuando mostraron las fotografías de los niños, un piano melancólico sonó de fondo.

La presentadora le sumaba dramatismo con sus gestos e invitaba a los televidentes a seguir conectados antes de ir a comerciales:

“Ya regresamos con el monstruo de Guarne”. No hubo muestras de arrepentimiento por parte del malhechor. Solo hacia el final, incluyendo una frase que no coincidía con el tono que traía el programa en el que el descaro de Jaime Iván estaba en alza: “Si existiera la pena de muerte en este país, yo la pediría para mí”. Como de costumbre, este personaje conmocionó las redes sociales: “enfermo”, “loco”, “deben de meterlo en otra cárcel donde lo despedacen”, “eso no es el monstruo de Guarne, eso es el mismo diablo”...

Pautaron grandes marcas en horario familiar, hubo alrededor de dieciocho minutos de comerciales, miles de likes en Facebook, los tuiteros aplaudieron con sus trinos a todo el equipo de realización por su valentía. Hubo rating, todo les salió mejor que en el libreto. A Natalia le pareció más de lo mismo solo que peor. Sintió tristeza por la forma como se dejó utilizar Jaime Iván y vergüenza por la frivolidad con la que el “periodismo” tocó el tema.

Solo hubo un pronunciamiento con un enfoque distinto que no se hizo viral y pasó desapercibido. El Colegio Colombiano de Psicólogos planteó en un comunicado una reflexión acerca del génesis del monstruo de Guarne: “¿Qué sucedió con su niñez? ¿Cómo fue la relación afectiva de sus padres? No se pretende con lo anterior excusar o justificar este tipo de actos delictivos, pero sí a que nos cuestionemos ¿qué hace la psicología para que estos flagelos no se repitan? ¿qué hace la sociedad con nuestra infancia?”.

Dos días después de la emisión del programa, Jaime Iván tenía otra cita en el edificio de los juzgados a las 8:30 a.m. El 3 de mayo de 2017 tomó asiento y conversó con Nancy, su nueva defensora. Le contó que estaba muy afectado. Que recibió amenazas por lo que salió en televisión. Que había sido el peor error haber concedido esa entrevista. Que se sentía traicionado por los periodistas.

La abogada le explicó que esa era la audiencia de incidente de reparación integral de víctimas. Que era su oportunidad para manifestar cómo podría compensar el daño causado a los familiares de las personas que asesinó.

—No tengo bienes, tampoco plata.

—Podría contemplar una reparación moral o simbólica, quizás manifestando su arrepentimiento a las víctimas.

—Yo les pedí perdón en la entrevista que di pero nada de eso salió en televisión.

A las 8:57 a.m. el juez instaló la audiencia. Jaime Iván miraba para el techo y movía el cuello para los lados como si tuviera tortícolis.

Como la fiscal no pudo asistir, el despacho programó la audiencia para el 13 de julio. Antes de despedirse Jaime Iván tomó el micrófono.

—Su señoría, renuncio a salir otra vez de la cárcel.

—Si usted renuncia a ese derecho tendrá que aceptar las decisiones que se tomen acá sobre la forma en que usted debe reparar a las víctimas.

—No tengo dinero, tampoco tengo trabajo. Les doy mi vida, si mi vida les sirve por favor dispongan de ella. Les dono todos mis órganos para salvar otras vidas. Solo tengo para ofrecer mi ser humano. ☺

Ven y disfruta de la comida más saludable con un menú diferente cada día, variedad de bebidas y platos.

Quatro Quiento

Restaurante - Galería - Bar

Calle 53 # 43-04 zona fucsia del centro

Telefonos

5593476 • 3128179205 • 3205727617

PARRILLA Otrabanda al Carbón

Deliciosa Parrilla al Carbón

Cortes Finos y Gruesos, Choripanes, Hamburguesas, Parrillada, Cervezas Artesanales y... ¡MUCHO MAS!

Servicio de Parrilla

Lunes a Jueves hasta las 9pm, Viernes y Sábados hasta las 10pm los Domingos cerramos a las 5pm

el último sábado del mes no te pierdas **EL ESPECIAL DEL CHEF**

Cra 64A # 52A-31 / Urb. Carlos E. Restrepo / Tel.: 230 50 55

otrabandaparrilla otrabandaparrilla

Siete fechas para una fecha

Abril 20, 2011

El Sargento Pimienta, de civil, baja de la camioneta blindada que lo trae a la base antinarcóticos de la policía, en El Dorado. Cero requisas para el "militar" de parte del grupo de uniformados que lo espera junto al Gulfstream privado. Ya montado en el avión, le recuerdan que no dijo gracias al oficial encargado de cuidarlo en Colombia. Desabrocha el cinturón y se acerca a la puerta para invitar a subir al general Luis Eduardo Martínez, comandante de la Policía Metropolitana de Bogotá. Martínez le regala un parche con la bandera de Colombia y, luego de un par de fotos y palabras, adiós. El sargento se despide del general y de Colombia.

Abril 20, 1967

En la consola del estudio tres de EMI, en Abbey Road, trabajan en la mezcla estereo de la versión *reprise* de la canción central del álbum *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band (SPLHCB)*; mientras en el estudio dos se graba *Only a northern song*, que George Harrison había escrito especialmente para el álbum en el que no clasificó. El sargento McCartney, comandante en jefe del loco proyecto de que los Beatles encarnen a una banda imaginaria, la dio de baja por sugerencia de Harrison. Muy débil para estar en el *SPLHCB*, fue el parte oficial. La pieza, que terminaría siendo un trozo de ese Frankenstein que fue la banda sonora de la película *Yellow Submarine*, era una crítica a Northern Songs Ltd. Más allá de su pomposo nombre, esta compañía encargada de publicar la música de los Beatles desde febrero 22 de 1963 tenía en realidad la tarea de esquilmarlos.

Febrero 22, 1963

El mismo en día en que se firman los papeles para que nazca Northern Songs Ltd., esa especie de Sayco Beatle (¿Sayco o *psycho*?) que durante años les pagó una miseria por sus canciones, ellos tocan en el Oasis Club, de Manchester. En Manchesterbeat, página de internet dedicada a mantener tibio el recuerdo del sonido sesentero de la ciudad, Louis Murray recuerda cómo fue verlos esa noche: un sitio a reventar en el que, mientras sonaban las notas de *Love me do*, la gente sabía que esos tipejos iban a ser muy grandes. Como no sucedería jamás en los conciertos de los Beatles, el público, educado y atento, escuchaba la música sin gritaría de por medio. "Recuerdo a Paul McCartney", dice Murray, "sentado en el escenario después de la presentación firmando autógrafos. Creo que me dio uno, pero nunca supe qué lo hice". La firma de McCartney está entre las más apetecidas del mundo. Una recién estampada puede costar alrededor de cinco mil dólares. Aún suele dar autógrafos, cosa que no hizo Ringo Starr el 6 de marzo de 2015.

Marzo 6, 1958

Es el día del primer concierto de Ringo Starr en Colombia, en el *outlet* de Bima, a medio camino entre Bogotá y Chía. El sitio está repleto de fanáticos, pero no tantos como se esperaba, así que la carpa ha perdido unos metros de la parte trasera para que no haya sensación de vacío. Ringo no hace en taquilla los milagros que aún logra san (sir) McCartney. Nueve personas cuentan con el privilegio de un *meet & greet*, como

se conoce en el mundo del espectáculo a la posibilidad de que, tras bambalinas, algunos parroquianos conozcan a los artistas. Los nueve bendecidos son arriados por el cuerpo de seguridad, conformado por una especie de perros de presa que ven en cada fan a un asesino potencial. La gente solo quiere una foto y un autógrafo, que es exactamente lo que pensó John Lennon quería Mark David Chapman el 8 de diciembre de 1980. Ringo nunca lo olvida. Anuncian que ya viene el baterista. Pelando colmillos, los guardaespaldas organizan a los nueve privilegiados en línea y alguien explica en tono de regaño que a Ringo no se le puede dar la mano, ni tocar, ni pedirle autógrafos, ni nada de nada; apenas respirar a su lado. Ringo, como Lucy, está en el cielo con diamantes. Abren una puerta y sale. Sus asistentes lo ubican en la mitad de la línea, se toma la única foto oficial permitida y se va tan rápido como llegó. Nunca supe, ni le importaría si se lo contaran, que justo a su izquierda estaba el hijo de Billy Ponti, gran estrella de los sesenta que editó su primer álbum cuando arrancaba marzo de 1968.

Marzo, 1968

Está en el mercado el debut discográfico de Billy Ponti, que lo muestra en carátula con tremenda sonrisa y, aparte del pelo liso, físicamente muy parecido a como luce hoy su hijo, Andrés Ospina. El milagro discográfico que tanto esperaba Ponti lo hace Arturo Guerra Madrigal, gerente de Discos Orbe. El disco incluye cuatro canciones y se titula *Romántico, Hippie y Sicodélico*, nombre que debió sugerir alguien inmerso

en profundas confusiones espirituales. Ponti era un adolescente y es ahora consciente de las deficiencias de ese primigenio esfuerzo, como comenta en su página oficial: "Es poco lo que hemos avanzado en la forma de llamar las cosas, pues a una grabación de tan baja calidad sonora entonces se le decía disco compacto, y ahora a una producción digital de alta tecnología se le llama *compact disc*, que es lo mismo". El primer CD de los Beatles tardaría casi veinte años en ver la luz pública ("...it was twenty years ago today, Sgt. Pepper taught the band to play...").

Febrero 26, 1987

Los cuatro primeros álbumes de los Beatles en CD llegan a tiendas. Con sorpresa, la prensa descubre que las versiones de *Please please me*, *With the Beatles*, *A hard day's night* y *For sale* son monofónicas. ¿El más sofisticado formato del momento no presenta a los Beatles en estéreo? George Martin, antiguo productor del grupo, es el responsable de un sacrilegio que no lo es tanto. Cuando los Beatles comenzaron a grabar, los equipos caseros y los discos eran por lo general monofónicos. Del estéreo disfrutaba una diminuta parte del mercado, por lo que los propios Beatles supervisaban las mezclas monofónicas y solían no preocuparse de las estéreo, que se hacían para satisfacer a esa minoría próxima de ser mayoría. La esencia Beatle en sus primeros años es mono. Sus discos, además, eran presentados de manera diferente en América, tanto en contenidos como en carátulas. De hecho, *SPLHCB* es el primer álbum Beatle que es idéntico a

ambos lados del Atlántico. Estados Unidos lo publica el 2 de junio, un día después del Reino Unido.

Junio 1, 1967*

El *SPLHCB* ha nacido. Es producto de un juego macartniano: crear una banda inexistente para darse todos el lujo de componer y cantar sin las presiones de ser los todopoderosos Beatles. Eso jamás sucedió. Primero, porque todo el mundo sabía que la Banda de Corazones Solitarios del Sargento Pimienta eran los Beatles. Y, segundo, porque McCartney comenzaba a exhibir cierta tendencia a imponerse y orientar el trabajo de sus compañeros, lo que solo lograría acelerar un proceso de disolución que ya flotaba en el aire. El sargento da órdenes para salvar a un ejército que se disuelve precisamente por sus dotes de mando dentro y fuera de los estudios de grabación.

Coda: El 7 de noviembre de 1967, mientras George Martin mezcla canciones del *Magical Mystery Tour*, una noticia pasa inadvertida en Medellín: después de su debut con *Ana Isabel* (octubre 31, 1966), los productores Gustavo Gómez y María Victoria Córdoba, editan su segundo y último título, *Gustavo Ernesto*, que, como el *SPLHCB*, cumple este año cincuenta y espera algún día contar con pelos y señales la historia de Carlos Villa, el único colombiano que tocó con los Beatles. ©

*Algunos expertos, como Allen J. Wiener, sostienen que el *SPLHCB* se publicó en el Reino Unido el 26 de mayo, pero que una errónea tradición celebra la fecha el primero de junio. Detalle: las ediciones conmemorativas de 2017 se pusieron a la venta el 26 de mayo.

por GUSTAVO GÓMEZ CÓRDOBA



"Hombres cuyo país es un trozo azul de lejanía. Recorren parajes en cuyas blancas estaciones quieren desahogar el olvido."
Juan Manuel Roca

CONFIAR
COOPERATIVA FINANCIERA
Cooperativizando para el Bien vivir

Saberes de vida **EAFIT**

¡La nueva generación de mayores!

Un espacio para la **cocreación de conocimiento** y compartir experiencias que sólo se adquieren con los años.

Educación para mayores de 50 años.

Próximos programas

- **Diplomado en Estudios culturales del mundo árabe y musulmán.**
- **Diplomado en Actualidad mundial.**
- **Diplomado en Historia de las religiones del mundo.**
- **Curso de Contrastes:** Iniciación a la astronomía y física.

www.eafit.edu.co/saberes

Informes e inscripciones: **Marta Lucía Arjona Harry**
Teléfono: (4) 261 95 00 opc 3. Extensión **9779**
E-mail: marjonah@eafit.edu.co

Afiliado a **AUTIA** | Educación Continua **EAFIT** | Asociado a **ACCET**

El mar en la maleta

por SARA ZULUAGA

Fotografías por la autora



Miramos el mundo una sola vez, en la infancia.

El resto es memoria.

Louise Elisabeth Glück

Con el peso del océano encima llegan las yubartas de nuevo al Pacífico. Arriban como soberanas. Muchos ojos esperan vibrando ansiosos que se rompa el agua como papel de seda y salga por unos segundos un animal de 45 toneladas y dieciocho metros de largo. Nuestras lanchas tambalean por el movimiento de las olas; los adultos disparan sus cámaras y los niños se sostienen del borde de La Pian-gua o La muy indigna y abren los ojos y la boca. Más de quince mil turistas llegan cada año para ver el espectáculo. Al final quedan todos con esa vaga y necesaria sensación de pequeñez.

Mientras todo eso ocurre, la gente de Buenaventura se inventa maneras de sobrevivir: aretes en forma de ballena, fotografías instantáneas, “El tour más barato, el que busca”... Voces infantiles preguntan por el hogar de las ballenas: “¿Y ellas viven aquí?”, pero entre el afán y la bulla va desapareciendo el hilo de esas voces y nadie responde. Las ballenas jorobadas, o yubartas, viajan desde la Antártida para llegar a la costa pacífica entre julio y noviembre —no, no viven aquí—. El viaje es de unos 8 500 kilómetros, llegan para aparearse, parir, alimentar a sus ballenatos y seguir su camino.

Estiven Hoyos es un muchacho de veinticinco años, es biólogo y se enamoró del mar desde que su mamá lo llevó de Cali a Buenaventura —el primer paseo—, a los siete años. Me explica que según la ciencia, las ballenas llegan a estas aguas por su calidez —en promedio 28 grados—, pero enseguida suelta un gesto de incredulidad: “La calidez importa, sí, pero no es solo eso... es otra cosa” —y esto último lo dice bajito, como si estuviera traicionando a alguien—. “Hay algo que las amarra, aquí nacieron. El hecho de que vuelvan es natural, memorizado”. Al otro lado, donde ya no hay niños ni hombres que gritan desbocados que su lancha es

la mejor; lejos de ese sol que golpea el puerto, y del olor a cocadas y a sopa de cangrejo, largas filas de hombres con su mejor camisa esperan su hora de partir en la terminal de transportes, de ir por algo mejor. Es natural, memorizado.

A mediados de octubre las yubartas se dejan ver desde una playa que está ubicada después de Juanchaco y Ladri-lleros, una playa más bien solitaria: La Barra. A la entrada hay una palmera y de ella cuelga un letrero que dice Bienvenidos a La Barra, se desprendió de un lado y ahora la flecha apunta al piso. La vereda hace parte del corregimiento número tres de Buenaventura. El caserío es pequeño y los días tienen la lentitud acostumbrada de esas playas que nunca fueron portada de revista: pocos turistas jugando fútbol con los niños, hombres de camiseta sucia con trozos de madera al hombro, o de camisa bien planchada

saliedo para el puerto. Mujeres hablando con las vecinas o cantando: Quítate de mí escalera no me hagas oscuridad / ouuu, eee, eee, eeeh / déjame entrar a otro que me tenga voluntad.

En medio de todo ese sosiego, hay algo que ronda en sus cabezas: irse. Salen miles de buses para Cali, Quindío, Antioquia, y de ahí —a veces— para otro país: el caso es escapar. Buses con hombres y mujeres que se despiden desde las ventanas sucias y que por dentro tienen el miedo, y la promesa —que a veces cumplen— de volver mejor, con algo más en los bolsillos. No hay cifras exactas de cuántos porteños salen cada día de su tierra, de su mar, en busca de trabajo. Según un estudio realizado por la socióloga Danny Ramírez, la mayoría se van para Chile porque el cambio monetario es favorable y porque no hay que cambiar de idioma, que es como cambiar de padres.

Llegan entonces con maletas livianas y mirada de terror, con dos o tres cocadas ya deshechas envueltas en una servilleta, y ganas de sudar y recibir algo a cambio. El terror no es porque sí, muchos migrantes son rechazados en la frontera y quedan a la deriva lo que hace que deban valerse de su fuerza y malicia para ganarse los días. La ciudad que más registra porteños es Antofagasta, de hecho en los últimos años se han desatado polémicas por las versiones que vinculan la creciente inseguridad con los migrantes, al punto de convocar marchas contra colombianos. Cuando llegan hay pocas opciones: los hombres se unen a la ilegalidad o a la minería, y las mujeres a trabajos de cocina o a la prostitución: “Uno se va es pa mandar plata a los que se quedan”, dice Efraín, el lanchero de La Pian-gua. El hombre, ya canoso pero con la piel dura y los músculos brotados, dice

que trabajó lo suficiente para regresar a casa siendo un héroe.

Las ganas de irse no son nuevas, ni han surgido a raíz de ninguna catástrofe. En los años sesenta, recién construido el puerto, de las veredas aleñañas llegaban hombres para recibir mayores ingresos y así mantener a sus familias. En los noventa también hubo un pico alto en la migración, en aquel entonces los destinos eran Estados Unidos o Europa. Danny Ramírez cuenta que el encuentro con sus coterráneos en países lejanos lo alteraba y provocaba enfrentamientos: “Si había actos criminales entre ellos mismos, el agredido se devolvía al municipio a asesinar a la familia de quien lo ofendió”. Las tres principales razones por las que los porteños se van de su lugar son la falta de trabajo, problemas familiares y riesgo de perder la vida.

En Buenaventura los niños de seis a once años registran un 93 por ciento de asistencia escolar, mientras que los jóvenes de 18 a 24 apenas un 29 por ciento. “Todos se quieren ir de aquí, aquí es muy duro”, dice Saúl Urrutia, un pescador de La Barra. Cuando su hijo terminó el colegio lo mandó para Cali a estudiar algo que diera plata.

—Uno quiere que por lo menos los hijos se vayan... ¿qué hay acá?, acá no hay nada.

—¿Usted por qué no se fue?

—No pues uno ya qué, toda la vida acá. Saúl se queda mirando a una niña que pasa con un balde de agua en la cabeza, sabe que no me contestó la pregunta. Sin embargo, sabe que fue suficiente para entender: nacer cerca del mar es luchar contra las ganas de huir y las ganas de sentarse en una hamaca y dejar que la vida pase apresurada en otra parte.

En internet circulan videos titulados: “La Barra siendo tragada por el mar” y “Paraiso terrenal a punto de desaparecer”. En 2014 la playa sufrió una de sus más grandes tragedias, hubo mar de leva y se llevó alrededor de ochenta casas.

Para los entierros La Barra se pone más oscura que nunca: todos apagan las luces de sus casas, caminan por el borde de la playa en una larga fila, iluminándose los rostros con velas. El ruido del mar no deja escuchar el llanto, solo se ven cuerpos lánguidos como dando un paseo, compartiendo el dolor.

Alexis Mosquera es uno de los líderes de la comunidad y dice que Buenaventura los ayuda poco y que han aprendido a sortear solos a ese gigante arrasador: dejando a los niños en casa y saliendo —a veces en medio de la noche— a acomodar guaduas, a mover tierra, o a sentarse mirando la marea necia desbordándose, esperando un nuevo desastre.

Efraín y Saúl —el lanchero y el pescador— se sientan a tomar cerveza en una tiendita cerca de Juanchaco, lo que dice uno lo asiente el otro con la cabeza: “Es muy duro, aquí no vive nadie”. Hablan de lo que se ha llevado la marea, sobre todo, hablan de lo que nunca ha traído. Mientras se quejan piden cerveza, echan cuentos, y luego de unas horas cogen camino hacia la casa de Oralia, que es una de las pocas con televisor en la vereda.

A la casa no le cabe más gente: consiguen las sillas, sientan a los niños sobre las piernas, unos se hacen en el piso, otros —los que no alcanzan— se quedan afuera escuchando. Desde el borde de la playa está todo oscuro —verán las noticias o alguna novela—, se ve una casita pequeña iluminada. Un poco más cerca se escuchan los “shhh” y se ve la gente, los mismos que tienen que madrugar a buscar madera, a cargar bultos, a esquivar cobradores; esos mismos ahora se muerden la boca para no reírse mientras sale un periodista en esa pantalla que a veces se pone borrosa. Los mismos que dicen que aquí no vive nadie.

Durante los primeros meses de la llegada de las ballenas se ven sus colas apenas saliendo del agua. Inicia el proceso animal: el apareamiento, el parto y la infancia de los ballenatos en aguas colombianas. Los machos siguen su rumbo luego de aparearse, mientras que las hembras se quedan para alimentar a las

crías y enseñarles todo lo que deben saber para enfrentar el océano. Del otro lado, en esa playa oscura, las madres les enseñan a los niños lo importante: hacer trenzas, no quejarse al sentir piedras en los pies, comer lo que haya, y cantar dos o tres veces al día.

En la vereda vive una vieja gorda y acogedora, se llama Leonor y tiene su negocio de cabañas y almuerzos a la entrada. Vive con don Claro, su esposo, y con dos niños: Kevin, de once años, y Miguel, de cinco. Los niños no son sus hijos ni sus sobrinos ni sus nietos. La mayoría de muchachas del pueblo tienen hijos porque el gobierno les da un subsidio mensual por cabeza: el negocio de parir. “Algunas se van lejos detrás de un hombre, pero la mayoría vuelven”, dice doña Leonor desganada. Ella se encarga de cuidar a los niños mientras la mamá vuelve, se encarga de cuidarlos esperando que la mamá nunca vuelva. Cuenta que hace meses vinieron a reclamarle a Kevin —a otro Kevin—, su madre consiguió trabajo en Cali y volvió por él cuando estaba a punto de cumplir los diez: “Mi amor, es que todo es prestado”.

Su casa se volvió ese lugar al que llegan niños envueltos en sábanas para aprender a caminar, a hablar, a pescar, a correr, a sobrevivir. Llegan, sobre todo, para aprender a decir adiós. Para guardar ese lugar que se recuerda como casa y que uno nunca vuelve a encontrar. Su casa se volvió lo que significa el Pacífico para las yubartas: el lugar en el que se hacen fuertes, el lugar al que vuelven cada tanto para asegurarse de que ahí está su infancia, que no se ha ido.

Efraín y Saúl me dicen que han sido más de treinta los niños que ha tenido doña Leonor, que nunca se queja, que nunca la vieron llorar. Que le duele, lo saben todos. Imagino que ella, dulce y quieta, se queda sentada en una silla mirando el piso. Imagino que una jovencita toma al niño del brazo y le dice: —Despídase.

—... Nadie habla. El niño agacha la cabeza, ya aprenderá. Y ella se queda

secándose las manos frías y temblorosas en el delantal, con una sonrisa pequeña, de pavor.

8 500 kilómetros después: volver. Kevin —el hijo temporal de doña Leonor— no habla de irse, dice que quiere conocer Cali y de pronto Bogotá, pero que no se imagina sin el mar. Sale todas las mañanas con una tablita, se le tira encima a esa espuma oscura y retazos blandos de madera se le enredan en la pantaltoneta. Hace acrobacias y Miguel lo mira desde la playa y le celebra la valentía. En La Barra todos se celebran la valentía. Doña Leonor desde la casa lo mira y se ríe casi a carcajadas: “Va a volver, si se lo llevan algún día... vuelve”.

Jose Navia escribió “La fuerza del ombligo”, una crónica sobre las amenazas que sufren los paeces en el Valle del Cauca. Contó que cada vez que nace un niño, el ombligo que corta la partera es enterrado por su madre. Y a ese hecho los paeces le atribuyen la preferencia por morir en su tierra, que hagan una y otra vez la maleta para irse lejos del caos, y al otro día se arrepientan.

Para fin de año los cantos de las matronas de la vereda y el ruido dulce de la marimba se mezclan con los gemidos de las ballenas. Ya casi se van las yubartas y llevan al lado a sus crías listas para enfrentar el océano, lejos de aquí. Las ballenas que nacen en el Pacífico regresan al Pacífico a parir: vuelven porque el calor —este calor— las llama. Algo dejaron enredado en la marea.

Se detuvo la lluvia y la madera de las casas quedó frágil. La playa está casi sola, apenas quedan tres o cuatro turistas. Y ellos, los de La Barra, los que tienen la piel untada de esta sal, ven desde la orilla cómo se alejan las ballenas y van dejando grandes olas luego de golpear el agua. Las ven y se ven a ellos, a sus hijos, a sus nietos: les tocó este pedazo del mundo. Unos se sofocan y quisieran gritar para que se los lleven a otro lugar, otros ya se reposan en sus sillas de mimbre y piensan que eso de marcharse es pelea perdida. Al final todos procuran entender esa relación pegajosa de la tierra con el hombre. ©



Tres versiones de Vallejo

por ALEX JIMÉNEZ

Ilustración: Titania Mejía



Fernando Vallejo ha muerto. El escritor, enfático en el dicamen de que la vida era un horror, se despenó en el desbarrancadero a la edad de 125 años tras la extinción de la pena de sábila usada en sus infusiones de rejuvenecimiento. Esa aparente incongruencia, clave de las páginas que siguen, fue denunciada por sus detractores más despistados, quienes habrían cometido hasta el final el interminable error de identificar a Vallejo, hombre de letras, con Vallejo, héroe maldito de *El río del tiempo* y de otros textos temerarios. Ahora que está muerto y que se reduce —aunque no desaparece— el temor de convertirme en el blanco de sus denuestos, aventuraré las dos hipótesis capitales de este ensayo: la primera es que la obra del antioqueño no es ajena al realismo mágico; la segunda, que hay por lo menos tres versiones de Fernando Vallejo. Mi esperanza se inclina por la tercera.

Empecemos por la más difundida: Fernando Vallejo fue un escritor incendiario, de una dolorosa sensibilidad que vertía en una prosa cargada de humor negro, de referencias cultas y de vulgaridades de dignidad cervantina. Despreciaba la obra de García Márquez y usaba la palabra “dios” con más pasión que un pastor evangélico. Su obra fue dictada por el orgullo, el odio y la locura. Esta versión nos obliga a resignarnos al móvil más torpe, y tiene la desventaja de ser sutilmente inverosímil. Para explicar el porqué, iremos a la siguiente.

La segunda versión plantea a un Fernando Vallejo más consecuente con su erudición. También más razonable, aunque de una manera secreta. Se trataría de un hombre que está en la transformación del espíritu más alta según el histriónico Zaratustra: la del niño que juega. Vallejo, conocedor de la historia de Colombia, testigo de la transformación de Medellín, artista agudo y sensible, entendía los males del país y de su gente. A esa comprensión se sumó otra más práctica: entendió que el tono razonable nunca había servido para despertar entusiasmo, mucho menos en un país pasional como el nuestro, capaz de odiar con furia una noche y a la mañana siguiente olvidar por qué. Entendió que si quería ser útil de alguna manera debía inventarse a un personaje diferente al hombre de letras que se conmovía con los versos de Silva y de Barba Jacob. Sabía, como Wilde, que un artista hábil es quien desaparece de su obra. Y desaparecer en un narrador omnisciente no serviría para su proyecto de provocador y excitador de conciencias. Llegó a la conclusión de que la mejor manera de ocultarse era ponerse a la vista de todos, con el mismo procedimiento de Poe en *La carta robada*. Entonces creó a un personaje llamado Fernando Vallejo y lo puso delante de Fernando Vallejo. Tenía muy claro que escribir sobre Colombia significaba, fatalmente, incurrir en el realismo mágico. Para despistar a los críticos, jugó a que despreciaba a García Márquez. No podía permitir que lo compararan con un escritor oficialmente consagrado: pocos elixires lo harían más invisible. Basta revisar su obra, algunas entrevistas y su crítica a *Cien años de soledad* para descubrir los guiños constantes sobre su verdadera opinión. Tomaremos unos pocos ejemplos. Empezaré con el falsamente vilipendiado inicio de la novela macondiana. Vallejo hace notar que la milagrosa frase “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento...” está sintácticamente coja, sugiere en su crítica un pasaje

de *El libro del desasosiego* y pasa a otra cosa. Así habla Vallejo, el personaje:

“¿Muchos años después de qué, Gabito? ¿De la creación del mundo? Si es así, yo diría que tendrías que haberlo dicho, o algún malpensado podrá decir que se te quedó tu frase en veremos, como una telaraña colgada del aire. (...) Al que te venga a criticar con el cuento de la sintaxis, decíle que esas son ganas de malpensar, de joder, y mandalo al carajo, que vos estás por encima de eso. Soltales un ‘carajo’ de esos sonoros, tuyos, como los de tu coronel Buendía”.

Vallejo, capaz de leer con la cabeza de un gramático y con la piel de un artista, no podía desdeñar lo que claramente es uno de los artificios mejor elaborados de la literatura: con una referencia temporal, el lector es situado de manera inadvertida en la intemporalidad de la eternidad o del instante. Ese procedimiento adquiere todo su sentido al final de la novela, en un pasaje que, tal como señala Christopher Domínguez Michael, habría sido imposible sin la existencia de Borges: “Melquiades no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante”.

Y Vallejo, lector de Borges, no podía haber visto la intención de amarrar la intemporalidad velada del inicio con la abiertamente declarada al final, en un procedimiento similar al que usó el maestro argentino, aplicado en su caso a la geografía, para dar cuenta de los límites de las regiones imaginarias en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*: “La nota parecía precisar las fronteras de Uqbar, pero sus nebulosos puntos de referencia eran ríos y cráteres y cadenas de esa misma región. Lémoslo, verbigracia, que las tierras bajas de Tsai Jaldún y el delta del Axa definen la frontera del sur y que en las islas de ese delta procrean los caballos salvajes”.

Y al sugerir en su crítica que Gabo estaba por encima de la sintaxis, el antioqueño hacía una alusión oculta a *Libro del desasosiego* de Pessoa: “Obedezca a la gramática quien no sabe pensar lo que siente. Sírvase de ella quien sabe mandar en sus expresiones. Cuéntase de Segismundo, Rey de Roma, que habiendo cometido, en un discurso público, un error gramatical, respondió a quien se lo hizo notar: ‘Soy Rey de Roma, y estoy por encima de la gramática’. Y la historia cuenta que desde entonces pasó a ser conocido como Segismundo *supra-grammaticam*. ¡Maravilloso símbolo! Cada hombre que sabe decir lo que dice es, a su modo, Rey de Roma”.

Otros indicios da en la misma crítica: sugerir que Gabo era poco original por haber tomado su tono de otros libros, o por haber usado la anécdota del hielo del poeta Rubén Darío (a quien Gabo leyó con pasión en su juventud); despreciar al narrador omnisciente porque estar en la mente de todos los personajes es un despropósito; censurar la eficacia de una frase porque no existen los huevos prehistóricos: todos eran guiños a quienes estuvieran familiarizados con lo que Vallejo escribió en *Logoi* y dijo en entrevistas:

“El genio de Cervantes descubrió que la literatura, más que en la vida, se inspira en la literatura”; justificación del supuesto plagio.

“Todos, a la larga, somos todos, y en el incierto mar infinito de las transfiguraciones nos repetimos con una terca obstinación, de suerte que el ‘yo’ tarde que temprano se hace ‘usted’”; justificación del narrador omnisciente.

“Y la eufonía, por sobre el sentido mismo, es la gran razón de la literatura”; justificación de los huevos prehistóricos.

Todo en el examen titulado *Un siglo de soledad* está hecho para desviar la atención del realismo mágico y poder usarlo junto a otros recursos que compartía con Gabo (lenguaje coloquial imbricado en lenguaje poético, hipérbole, etc.), sin que lo invisibilizaran como a un continuador o a un imitador: Colombia, el gran proyecto de Vallejo, requería otra cosa. La obra de Vallejo está repleta de realismo mágico, porque la idiosincrasia colombiana lo está: negros que perforan paredes con sus miembros prodigiosos, la maleza que crece un instante después de ser cortada, los ladrones robándose las llantas de un carro en las narices del dueño sin ser descubiertos, el abogado que no limpia las letras de la máquina de escribir para confundir a sus contrincantes, etc.

Alguna vez Fernando Vallejo increpó a un periodista inculco y brutal: “¿Cómo sabes tú que el ‘yo’ de los libros míos soy yo? El ‘yo’ de los libros míos podría ser una invención literaria. También podría no serlo”.

Esa declaración ambigua da la clave para esta segunda versión de Vallejo. Solo un par de intelectuales de su época lo habrían comprendido. Piedad Bonnett, parcialmente: “Vallejo, un hombre amable en la intimidad, refinó el personaje que inventó para sí mismo y se convirtió en un profesional del escándalo que aprovecha la ‘fascinación de la cultura moderna por quienes putean’, de la que habla el incisivo Piglia”. William Ospina, cabalmente: “Muchachos: lean *Las bolas de Cavendish*, disfruten el esplendor del lenguaje tratando en vano de atrapar el mundo. Sientan el verdadero espíritu de esta época, y sientan la nobleza de Fernando Vallejo, que es capaz de reírse con gracia de Dios y del átomo, pero sabe callar conmovido ante el dolor de un perro”.

Cansado de su propio personaje, Vallejo habría ideado un heterónimo llamado Klaus Ziegler: erudito como él, tenía los dones del sosiego y el anonimato, y escribió, desde luego, en contra de Vallejo. Habría sido el más tranquilo de sus juegos, un remanso en sus últimos años, un refugio del inevitable ruido del otro personaje.

Mi esperanza quiere que la última versión de Vallejo sea la más verosímil: incluye la anterior, y sería la suma de muchas sensibilidades e inteligencias. Pudo haberse gestado más o menos así: Fernando Vallejo comprendió que Colombia estaba en ruinas y descubrió que el mejor tono para llegar a más lectores era el de su personaje. Inspirado en el cuento precitado de Borges, Vallejo contactó a los intelectuales más influyentes de su época y los hizo partícipes de su plan. Poetas, novelistas, músicos, científicos, entendían la coyuntura que vivía el país y la necesidad de tener una voz que fuera escuchada; entendían que los ataques a esa voz la harían más atractiva que los elogios; fraguaron una trama de fingidas rencillas y mezquindades y llevaron ese teatro hasta las últimas consecuencias porque en sus manos estaba la salvación del país: una generación de lectores que comprendiera a Colombia. Solo habrían dejado unas pocas claves para que el tiempo y sus peones las hilaran. Por ejemplo, esta declaración de Vallejo ante Mario Jursich Durán: “Santo que se deja conocer deja de serlo”.

Vasta y casi inhumana habría sido la tarea, pero no habría sido menor la victoria: la segunda oportunidad de nuestra estirpe, espíritu crítico, consciencia. Esa es nuestra única esperanza en medio de la devastación a la que nos han condenado. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

NUESTRO ARMANI

Salir de esta parroquia, para los jóvenes de hoy Armani es Franco, ese gran arquero que de tantas nos ha salvado, y que, según parece, se irá pronto, en busca de mejores aires. Buen viento y buena mar. Para los no tan jóvenes Armani será Marcio, modisto, diseñador, empresario de perfumes; fue peso pesado en el misterioso mundo de las pasarelas, tan ajeno a las modestas prendas de este cronista. Pero se cumple aquí con nombrarlo. Después, en fin, y por eliminación, quedan aún unos pocos para los que Armani es por antonomasia el que a continuación nos ocupa. Armani, el nuestro.

Nacido en Buenos Aires —1898—, Eduardo Armani estudió música y se tornó un notable violinista; como tal, y muy joven, acompañó en la escena argentina las presentaciones de la legendaria Isadora Duncan, y, un año después, las de la no menos legendaria Ana Pavlova. Algo más tarde formó su propia orquesta (de tango, claro), y para ella compuso con gran éxito canciones y páginas instrumentales. Anduvo también en el cine, a veces al frente de su grupo musical, a veces como actor, al lado de figuras tan importantes como Olinda Bozán o Tita Merello. En fin, tras un buen tiempo en esas lides, y al comienzo en asoció con René Cospito, creó una banda de jazz, memorable según afirman muy creíbles historiadores de la música argentina; aquí termina el prólogo.

En algún momento de su carrera Armani se topó con la música colombiana. No se conocen antecedentes, no hay tradición que lo apoye, pero lo cierto es que de pronto Armani se vio ante el reto de poner su orquesta al servicio de sonos que por fuerza debían serle ajenos. Pero su triunfo fue rotundo, y el “sonido Armani”, por llamarlo de algún modo, tiene para este escriba algo de insular, algo que no podía tener ni tuvo consecuencias.

Sabemos que había colombianos en su orquesta, y que, con ojo clínico, supo vincular a ese grupo voces de aquí; entre ellas, dos que están en nuestra historia, la de Jorge Monsalve, Marfil, paisa de Liborina, compositor y cantante de muchas campanillas, y la del cartagenero Gustavo Fortich, quien, solo o a dúo con varios compatriotas, paseó por tierras del sur su personalísimo estilo (Marfil es autor, entre muchos temas, de uno todavía recordado, *El camino del café*, cuyo mejor intérprete fue tal vez el dueto de Fortich y Valencia).

Otras cosas quería añadir, reacio lector, pero los caracteres no están de mi parte: que Armani grabó melodías caribeñas, y también andinas, y todo ello con idéntica solvencia. Entre las costeñas —porros, guarachas, cumbias—, *Las pilanderas*, *Kalamary*, *El coquero*, *Playa, brisa y mar*, *La borrachera*, *La buchaca*... Entre las andinas, *San Pedro en El Espinal*, *Guabina chiquinquireña*, *Hacia el calvario*, *Del otro lado del río*, *Me voy pal salto*... Joyas sonoras que Armani se sacó de la manga sin haber pisado jamás tierra colombiana. No me preguntes cómo, pero llevaba en su chip el olor de la guayaba.

CODA

Queda en el tintero la mención a Terig Tucci, también músico, también argentino, quien protagonizó desde Nueva York una hazaña similar a la de Armani; nunca estuvo en Colombia y regaló a este país un puñado de grabaciones exquisitas y varias composiciones propias. Estamos en deuda. ☹

lenteja express
Hamburguesería vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

10% OFF

Presenta este cupón para un descuento en nuestro nuevo punto de venta en Envigado.

Domicilios
Envigado 596-8890

www.lentejaexpress.com.co

310-8454059

síguenos

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



Arte: William Gutiérrez / Concepto y diseño: #todomono

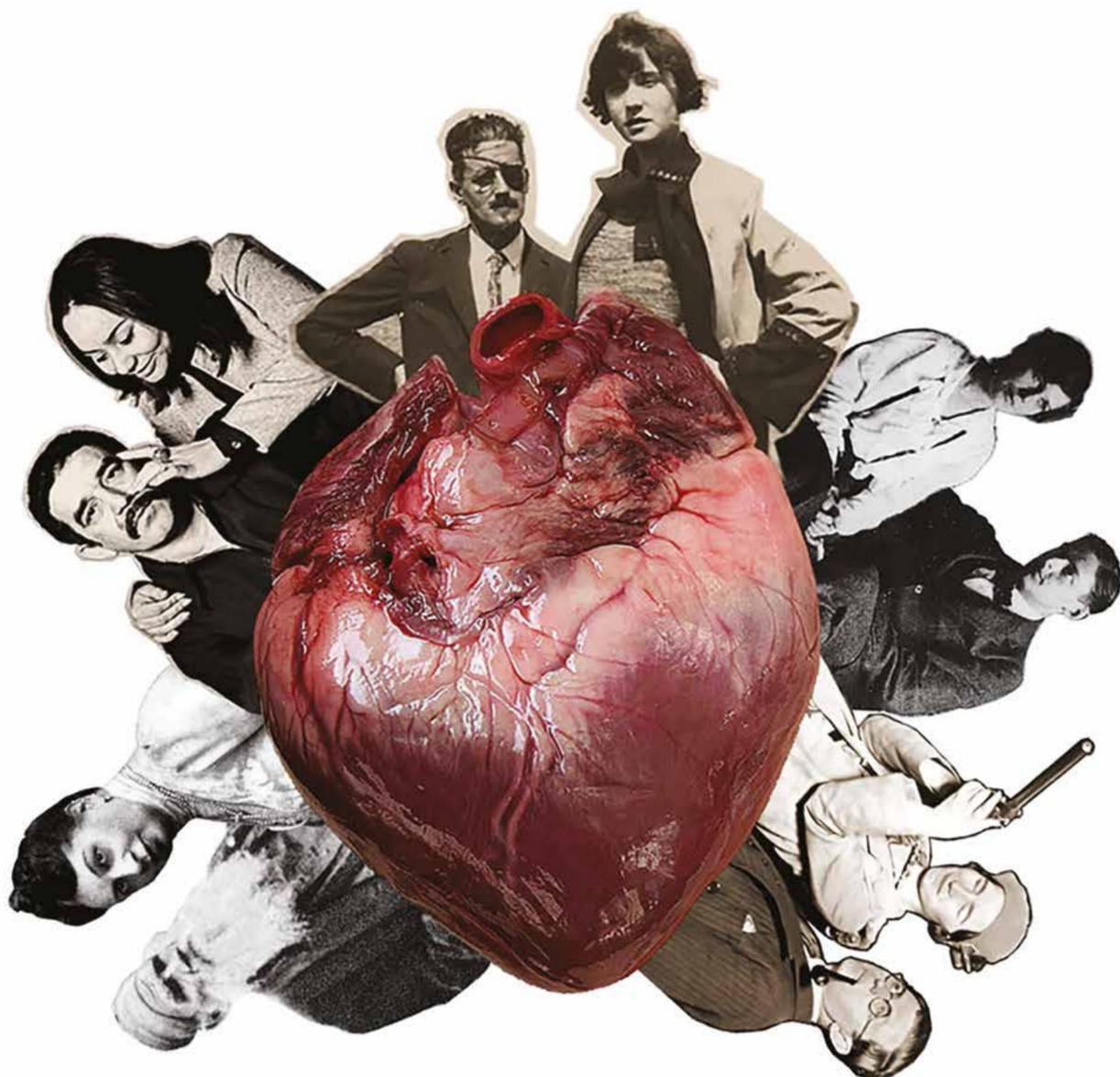
Gráfica Picotera - El Negro del Swing

Mixta sobre Lienzo

100 cm x 70 cm

2015

*De la serie 'Paquito Efectivo' (Los Maestros del Vacío)
Exposición Inaugural Invasión Sound System 2017
Medellín, Colombia



Amores y genios

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustraciones: Juan Fernando Ospina

El *cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell fue uno de los libros más leídos, y leídos con más pasión, en la década de los años sesenta entre los jóvenes lectores en Medellín, por el exotismo de los escenarios en ciudades reputadas, por el lirismo de la prosa llena de color y por los personajes inolvidables contruidos con maestría. Pero sobre todo por cierta inclinación de la juventud a ver en el amor y en la literatura lo conflictivo, y lo trágico, y sobre todo en una ciudad católica como Medellín, donde los besos de primavera, aun los heterosexuales, para no hablar de los otros, eran pecados mortales, casi crímenes de guerra. *El cuarteto* es un libro sobre las desgracias del amor y las dificultades amorosas de los hombres de letras como jamás se escribió, y nosotros en el fondo del alma estábamos convencidos de que la vida literaria va unida irremediablemente al fracaso personal, y de que no existe felicidad posible para quien decidió vivir para las grandes pasiones y para la escritura al mismo tiempo. La vida doméstica de Durrell era un ejemplo más de la infelicidad inevitable del artista y el amante y completaba la intuición sadomasoquista: el diario del sanatorio de su hija que conocimos después de leer su *Cuarteto*, vino a confirmar nuestras certezas torcidas.

Un personaje de William Faulkner en *Luz de agosto*, una novela de 1932, dice estas palabras que corroboran la terrible condena del amor al fracaso inevitable: "Con razón introducen el amor en los libros. Quizás no puede vivir en otra parte".

Mucho más tarde descubrimos que no siempre es verdad, sin embargo. Que la felicidad del amor y la literatura a veces pueden ser compatibles. García Márquez y Vladimir Nabokov fueron las pruebas reinas de que se puede llevar una vida ordenada y un matrimonio feliz al mismo tiempo sin dejar de ser un gran poeta.

No existe un escritor mejor celebrado que García Márquez, ya se sabe. El día de su nacimiento, el del primer cuento publicado, el del primer libro, el del primer premio, el de la aparición de *Cien años de soledad* que lo catapultó a la gloria, y el de la concesión del Premio Nobel se celebran de año en año con lecturas y conferencias en las bibliotecas públicas y en las emisoras culturales, en los diarios, en las revistas literarias y en las de vanidades junto a las crónicas de cuernos de los toreros, las borracheras de los actores de Hollywood y las historias de infancia de los futbolistas que conquistaron el Olimpo a patadas. Se le quiere tanto, que se conoce el nombre del odontólogo que le guarda amorosamente las muelas rotas. Yo lo olvidé pero se puede rastrear en la red en las listas de los dentistas de los semidioses.

No abundan los escritores bendecidos con una suerte pa-recida. Pero, sobre todo, García Márquez contó con la buena-ventura de haber conservado en su primer amor una unión que aguantó la nefasta pobreza y los abusos de la gloria que no son más fáciles de sobrellevar para las esposas de los poetas por comprensivas que sean.

Todos sus libros cuando no son francas elucubraciones sobre el amor están llenos de romances o de recuerdos de idilios inventados o ciertos. Con *El amor en los tiempos del cólera* incluso quiso probarse que era posible escribir, en pleno siglo veinte, tan proclive a complacerse en lo negativo, un libro sobre el amor que terminara bien, una novela rosa, un bolero largo, según dijo él mismo, del mismo modo como había dicho que *Cien años de soledad* es un vallenato largo al comienzo de los sustos de la gloria que lo cogieron desprevenido.

García Márquez fue un escritor con una vida normal, sin biografía aparente, como también se dijo de Thomas Mann. Dejando aparte las dificultades de sus primeros años mexicanos a los que seguiría una rica experiencia social entre reyes y dictadores iniciada al borde de sus cincuenta, y de las relaciones con una colección de amigos invaluable, el relato de su existencia no cuenta con hazañas dignas del recuerdo de la posteridad, pues entregó su vida a la escritura, y un escritor, como dijo un norteamericano del oficio, no es más que una persona que permanece encerrada en un cuarto frente a una máquina de escribir. Sin embargo, la sencillez de sus cosas y su vida de claustro le fue compensada con la rareza de una monogamia dichosa. Igual, aunque distinta a la que mantuvieron Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir quienes también merecerían un altar en el templo de la religión de la monogamia. Aunque la suya haya sido muy a la manera de la Francia moderna, una unión estrambótica, que sin pasar por los templos ni las notarías, y basada en la confianza y la libertad, le permitió a ella encamarse al carnicerío de su barrio —con Sartre jamás vivieron juntos ni se tutearon— y a él, es decir, a Sartre, la independencia para mantener al margen del Castor, como la llamaba, un montón de relaciones

más o menos efímeras y más o menos profundas y públicas. Ella, que las conocía y hasta las alcahueteaba según contó en sus libros autobiográficos y en su novela *La invitada*, dijo que sin embargo solo había estado celosa una vez: cuando su novio visitó Estados Unidos. Sentía que era solo suyo, todo suyo, mientras estuviera en París.

Para entender por qué había flaqueado entonces ella inició una relación con Nelson Algren, el novelista norteamericano que escribió sobre los bajos fondos de los drogadictos de las ciudades yanquis y cuyas novelas fueron llevadas con éxito al cine. En Chicago, si recuerdo bien, la señora Beauvoir tuvo sus primeras experiencias con la marihuana, en el círculo bohemio de su amante yanqui, antes de regresar a los brazos del autor de *La náusea*, a quien conoció en los años universitarios, y a quien acompañó en la última enfermedad hasta el anfiteatro, donde abrazó su cadáver, desdendiendo los peligros de la gangrena que los médicos le advirtieron. El relato patético de esa última noche de amor está contado con pelos y señales en *La ceremonia del adiós*, tributo póstumo que le rindió a su novio, un libro lleno de revelaciones obscenas, de una sinceridad atroz, sobre la decadencia de los seres humanos.

Es un prejuicio y una falsedad que los buenos matrimonios no se ajustan con el genio y la vida literaria. Pero también es cierto que no faltan en la historia de la literatura suficientes pruebas a favor de la noción de que el amor y el talento para la literatura se repelen. Veo a Paul Verlaine perseguido por una esposa abandonada y una suegra posesiva mientras corre con un revólver en el bolsillo, loco de celos, detrás de un niño con visiones llamadas Arthur Rimbaud; y veo a Rimbaud podrido de soledades y con gangrena en los reinos abstrusos de Menelik temiendo que el ejército francés lo persiguiera por desertor, añorando una mujercita provinciana y modesta y una pequeña casa para hacer una vida de ratón, como la de todo el mundo, como la que su madre quería para él. Y veo a mis compañeros de generación enredados en las ruinas de sus amores podridos escribiendo cartas do-lientes a unas mujercitas vulgares extraídas de familias de la clase media, incapaces de entender que un hombre pueda dedicar su vida, incluso la de los sábados, a escribir libros que nadie lee, en vez de llevarlas a bailar merecumbé o a partir el ponqué de cumpleaños de un sobrino.

Matrimonio y mortaja del cielo bajan: en consonancia con su carácter revulsivo el irlandés Samuel Beckett, creador de las figuras más amargas de la literatura moderna, antihéroes absolutos, casó con una desconocida que lo socorrió después de un asalto con puñalada en el París de la primera mitad del siglo veinte. Y supongo que fueron felices. De Beckett se cuenta que se negó a aceptar los avances de la hija única de James Joyce, Lucía, que lo amó, y quizás perdió la razón por su amor, para que viéramos a su padre genial consolándola con viejas canciones irlandesas en las visitas dominicales al frenocomio.

Joyce, otro escritor sin biografía aparente como García Márquez y como Mann, segundo Homero, cegatón como el griego, hizo la mejor pintura del matrimonio moderno a partir de la historia del señor Bloom y la famosísima Molly. Y al libro sobre ese amor atrabiliario, que sigue figurando en el siglo veinte en la lista de los más afamados de su siglo, lo cual no necesariamente lo hace uno de los más leídos, agregó un montón de cartas de novio coprofílico plagadas de rabiadas de celoso cuando ya tenían hijos, atormentado por el pasado de Nora Barnacle. Bloom, su personaje, que no fue un poeta, que a lo sumo puede definirse como un redactor de avisos de periódico, como un pequeño publicista, quizás mereció el matrimonio aburrido y resignado que debió soportar. Joyce su creador vivió en cambio una historia de amor escabrosa plagada de sufrimientos increíbles y de fantasmas bobos, indigna de un escritor con su inteligencia. En "Los muertos", uno de los cuentos más hermosos de la literatura, en mi opinión, Joyce evoca la clase de torturas de Otelo que debió padecer su vida conyugal llena de celos retrospectivos.

El amor como la guerra en ocasiones devuelve sus víctimas a la bestia ciega del origen, a la blanda condición del gusano. El más rampante de sus peligros sin embargo no reside en el riesgo del envilecimiento involutivo sino en la cursilería. Los amantes de ayer se cruzaban en los aniversarios y los onomásticos pequeños regalos tontos que hacían dudar de la seriedad de sus sentimientos: ositos de felpa y pajaritos de vidrio con esquirlas de lentejuelas en las alas llevando una tarjeta con nomeolvides en el pico. Los de hoy con la opción de los emoticones que ofrecen en la red deberían agradecer a la informática que los salva del ridículo. García Márquez y su mujer se curaron en salud destruyendo las cartas cruzadas durante el enamoramiento para que la posteridad mantuviera la ilusión

de que les fue dado vivir un amor perfecto desde el principio, lleno de buen sentido y corrección.

El *Cantar de los cantares*, los poemas de Petrarca, los sonetos de Shakespeare, los de Garcilaso, los cantos eróticos intercalados por la tradición entre los relatos de *Las mil y una noches* son ejemplares de la buena literatura de enamorado. Bécquer, el romántico por excelencia de la tradición castellana exacerbó los delirios eróticos de los adolescentes hispanoamericanos de varias generaciones con sus oscuras gondrinas, y “el amor eres tú”, hasta cuando vino a reemplazarlo Pablo Neruda con sus gordos suspiros y sus trenos de viudo y sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*... “y tiritan azules los astros a lo lejos”.

La poesía amorosa acompañó las otras locuras humanas desde los primeros pasos del hombre sobre la Tierra. Los poemas de amor forman una antología interminable de elogios, alabanzas, reclamos y reproches. Se ha dicho que no existen fantasmas en las casas de las familias felices. Por la misma razón los poemas de lamentos, los que lloran amores incompletos o fracasados, son más numerosos que los de los amantes satisfechos.

El uruguayo Mario Benedetti con la lealtad del minero explotó en las post-trimerías del siglo veinte la veta de la cursilería amorosa. En Colombia dos antioqueños, Darío Jaramillo y Jorge Valencia, cebaron sus númenes en las servidumbres del enamoramiento y aún hacen desmayar a las recién casadas con sus colecciones de ternezas. La modernidad latinoamericana para completar los traspases del amor inventó los boleros, expresiones de una sensibilidad enfermiza, retorcimientos tropicales de las antiguas endechas, y las telenovelas lacrimógenas, paradigmáticas del mal gusto y de la superficialidad al mismo tiempo, que además desmienten la inteligencia de esta edad científica pues atosigan por igual el imperio gringo y el imperio pornográfico de la caridad bolchevique con sus Julietas de silicona, sus Romeos de almíbar y sus virginales sirvientas mexicanas que al cabo de peripecias y suspiros acaban casándose con el hijo del dueño del Cadillac, la casona en el D.F. y la hacienda de Cuernavaca.

Los amores felices son tan raros como los unicornios. Casi todos los amores terminan ahogados en sus propias

mieles o asfixiados por los besos que pagan los fulgores del principio con la mala experiencia del día de ver el paraíso convertido en erial, y a la novia rebajada en una bruja inaguantable con lagañas, o en el mejor de los casos en una mujercita del montón con rulos en la cabeza y la cara con pegotes de guacamoles. Amílcar Osorio, autor de algunos de los poemas de amor más bellos y menos conocidos en las letras colombianas, con mucha probabilidad dirigidos a unos muchachos, escribió: “El amor no es efímero: es efímero el tiempo”.

El amor, contra lo que dijo tan bellamente el español Salinas, no es siempre un largo adiós que no se acaba. Algunos amores agregan a la desdicha la duración. La pregunta ¿me amas? a veces resulta ser una muestra de inseguridad y torpeza. Porque muchas veces la mejor prueba de que nos aman tanto como creemos merecer es que nos sigan soportando aunque ya no nos quieran.

Algunos piensan que los hombres de buena suerte en el amor son los que llevaron más hembras a la cama. Es al contrario. El triunfo del amor debe consistir en eternizar el amor de la juventud contra el desgaste de las cosas, como le sucedió a García Márquez, y como le pasó a Carlos Marx, y como pregonaba Salomón, aunque es difícil creerle a uno que tuvo seiscientos sin contar las concubinas. Una cosa es el amor. Y otra los amorfos. Dejó escrito San Isidoro de Sevilla con sobrada razón.

Te cases o no te cases, siempre lo lamentarás, dicen que dijo Sócrates, que dejó fama de ser el más mal casado de los hombres y el más hablantinoso de los atenienses. Pero fue la paciencia que se vio obligado a desplegar para lidiar con Jantipa, arquetipo de las esposas intolerables, la mejor prueba de su sapiencia y de su capacidad para dominar sus sentimientos. Jantipa (la conoces, Equécrates), lo siguió a la cárcel con sus pataletas habituales y llevó en brazos a los niños comunes para convenirlo, con el proverbial pragmatismo femenino, de que emprendiera la fuga. De haber cedido a su ruego Sócrates habría malbaratado con una flaqueza una vida entregada a la virtud, la coherencia y el respeto a las leyes de la ciudad. Sócrates, que no bebía como Mailler ni despreciaba a las mujeres como Mailler que no paraba de correr detrás de ellas con un whisky en la mano, manifestó en cambio un gran afecto por Aspasia, Diotima y Teodota la hetera. De modo que

es imposible tacharlo de misógino como a veces se hizo.

Wilhelm Reich, un discípulo extremo de Sigmund Freud y autor de un abstruso volumen sobre la función del orgasmo, redefinió la idea de la libido freudiana en una energía irradiante, el orgón, que se manifestaría por igual en las palpitaciones del cielo estrellado, los caprichos de las histéricas, los reinos de lodo y arena de las pesadillas y las lagunas de la memoria. Según Reich durante el orgasmo realizamos contorsiones de los principios de la vida cuando éramos unos anillos ciegos y rudimentarios en el caldo primitivo, encorvados, chupándonos el ano. Su práctica psicoanalítica prosiguió la labor desmitificadora del mundo moderno que pretendió asesinar al mismo tiempo el ángel asexual de la antigüedad platónica y al apasionado héroe romántico de apariencia desinteresada, para entronizar el mono inmoralista, brutal, insaciable y rijoso.

Arthur Schopenhauer con su teoría de una Voluntad avasalladora que nos dirige hacia donde creemos querer fue implacable con nuestra pobre condición. El nihilismo radical de Schopenhauer, versión alemana del hinduismo y el budismo, transfirió las dulces costumbres amorosas a las sombras de otro drama secreto. No somos para Schopenhauer, célibe irredimible y misógino rabioso, más que siervos de una potencia genésica que para sobrevivir nos hechiza con los espejismos propios del enamoramiento y de la cristalización que defendió André Maurois en “El arte de amar”.

Poco a poco aprendemos a aceptar nuestro parentesco con la bestia que le disputa al padre los favores sexuales de su legítima esposa, es decir, nuestra propia mamá; a no avergonzarnos de los humildes orígenes de la estirpe; a reconocer sin amargura nuestra existencia solitaria y extraña bajo el cielo vacío; a conformarnos con la certeza de que el día cuando surgió el amor aparecieron también la perversión de la muerte y, quien sabe, las agonías de los celos.

Las cartas de Joyce a Nora Barnacle están plagadas de reproches inespereados en un escritor serio. Lo atormenta el pasado de su amada irlandesa. Clama con tono masoquista por la revelación de sus intimidades con sus amigos

de antes de conocerlo, con todo detalle, como un adolescente, en unos paroxismos posesivos incompatibles a primera vista con el genio. Joyce volcaba entonces una prosa salvaje. En una carta del 2 de diciembre de 1909 le dice que se siente con ella como un puerco cabalgando una cerda. Se regocija en su imaginación con el hedor y el sudor de su culo. Y confiesa sin pudor el deseo de verla en el acto más vergonzoso y asqueroso del cuerpo. “¿Recuerdas cuando me dejaste ver por debajo mientras lo hacías y te daba vergüenza mirarme?”. Le pregunta, embargado por la ternura.

La vergüenza de Nora no era inflexible sin embargo. Por la carta de Joyce del 20 se sobrentiende que le envía a su curioso marido los pormenores de sus pajas mientras defeca en su honor. Y él canta en la respuesta el gordo chorizo marrón parido por su querida. “Quiero oírte cagar”, dice el lírico de *Música de cámara*. Renegando del simbolismo modernista mientras dura una carta, para adoptar el estilo del más ramplón naturalismo de una manera que hubiera hecho sonrojar a Rabelais y a Henry Miller. “Alguna noche cuando estemos a oscuras hablando de cosas verdes y sientas que la caca está por salir, ponme los brazos en torno al cuello y expúlsala con suavidad. Su sonido me volverá loco”. Agrega Joyce que gozaba de un magnífico oído, y quiso ser cantante de ópera antes de decidirse por la literatura, en una variación del juego infantil que le recuerda Lawrence Durrell a Henry Miller en una carta: “Papá no está. Mamá no está. Hablemos de porquerías. Pipí, caca, bum, culito, calzón”.

Joyce mezcla las canciones de amor con las excretas. Reza al espíritu de la belleza, evoca la ternura de los ojos de Nora, llora escuchando una melodía que se la recuerda y enseguida la tira al suelo sobre su suave vientre y la penetra por detrás. “Te enseñé cantando —le dice en el tono del pedagogo pedregoso— la pasión y la pena y el misterio de la vida... y a hacerme gestos obscenos con los labios y la lengua”. Conmover. El ángel aún no fue borrado del todo por la impudicia iconoclasta. Y todavía conviven en Joyce, en una paz relativa, la alimaña coprófaga y el caballero de las cortes de amor de Leonor de Aquitania.

Espíritu puro y escarabajo estercolero Joyce es hijo de la tradición de Baudelaire, el poeta de la judía calva, el amante de las negras de los albañales de París llegadas a Francia de sus

colonias, y de la tradición de Rimbaud el extraviado que una noche sentó la Belleza en sus rodillas y la encontró amarga, y la injurió. Y que elogió en versos perfectos la úlcera en el ano de su odiosamente bella *Venus Anadiómena* y las nalgas, que palmeaba feliz y procaz, de sus amiguitas de la niñez.

Los poetas vivieron siempre el amor con una intensidad directamente proporcional a su humanidad, no como dioses. A Eliot le tocó el viacrucis de convivir con una ciclotímica a quien aguantó largo tiempo, lo mejor que pudo, por las exigencias de cierto modo de ser a medio camino entre el rigor católico y la caballerosidad anglicana. Otro matrimonio patético como el de Eliot fue el de Tolstói. Antes de cumplir el primer año de convivencia el conde descubrió que se había casado con la mujer que menos hubiera querido, con la que menos le convenía a su carácter idealista. La tragedia está registrada en los diarios del autor de *Guerra y paz* amojonados por el deseo constante de apartarse de la agría señora, una mujer a quien casi doblaba en edad y que al principio lo hizo tan feliz como nunca había sido. Los apuntes autobiográficos de Tolstói dejan la mala impresión de un sicorrígido ansioso por cambiar el mundo, de un colérico plagado de escrúpulos, atormentado por los remordimientos del chivo terrateniente que no puede dejar de perseguir a sus sirvientas, casado con una mujer con el sentido común necesario para cuidar unos hijos, con el sentido común tan repelente para los artistas sobre todo cuando se dan ínfulas de reformadores sociales y aspiran a la cantidad evangélica.

Tolstói tomó al fin la decisión de liberarse del hogar insufrible siendo ya un octogenario de fama universal. Pero no llegó lejos. La muerte esperaba al santón monstruoso en Astápavo, una estación ferroviaria, un día de nieve sobre los trenes. Y digo monstruoso porque debe ser un monstruo alguien que se empeñó en inventar la paz universal y la fraternidad humana pero fue incapaz de mantener la armonía en su casa.

Los psicólogos de profesión, que viven de sus chácharas en los medios y en los consultorios donde medran y que convierten en terapias rancias lugares comunes, suelen decir que la comunicación es la piedra de toque de la convivencia. Pero la comunicación tiene niveles más allá del escándalo verbal. García Márquez aconsejaba dejar disolver las desavenencias conyugales sin agregarles el ruido innecesario de las palabras que solo las complican. Porque como dijo el otro, los problemas están hechos de palabras.

Hay también un diálogo de los cuerpos cuando fundidos y confundidos se ausentan de este mundo y desaparece la conciencia individual en el contacto. Cuando experimentamos en carne viva el axioma que afirmaba, en los tiempos amorosos de los jipis, que el alma es la piel, que la piel es lo más profundo que tenemos y que el cuerpo es más sabio que el espíritu. La lengua sirve para muchas cosas, no solo para decirse tonterías y dedicarse requiebros de dudosa calidad. En el ritual del amor las palabras conducen muchas veces el milagro al desastre. Yo creo, psicólogo empírico, aprendiz de los arcanos de la vida y del amor en antros de malandrines, en salones de empingorotados y en las calles que enseñan mejor los recovecos de la condición humana que las academias, que unas pocas palabras bastan para mantener vivo un amor.

Esas parejas que descubrieron la manera de quedarse llamadas mientras crecen los hongos y envejecen las piedras si no son felices siempre, en todo caso consiguen permanecer juntas con mucha frecuencia, acompañándose serenamente. Y en ocasiones establecen sus propios códigos para decirse lo que quieren enarcano una ceja, alargando una comisura o con simples carraspeos.

Pero hay silencios de silencios. Hay silencios que repugnan con sus densidades viscosas. Y hay silencios áspersos y hondos y brumosos. Y hay silencios diáfanos y queribles. Y hay personas, o momentos de las personas porque nadie es igual a sí mismo de un modo constante, que cuando callan, enfadadas, hacen pensar en esos barcos que se pudren frente a los muelles abandonados. También, claro, hay silencios melódicos, como los de los novios nuevos cuando se miran al fondo de los ojos, y silencios hospitalarios donde se nos recibe como a un huésped deseado. Así como hay silencios que rechinan y avinagran las sopas y apagan el brillo de los diamantes, y silencios de plomo donde uno teme introducir una observación que los agrave, hay falsos silencios como los de las parejas enemistadas que se descomponen juntas porque les falta valor para separarse y que se parecen mucho al alboroto, mientras callan lo único que quieren que es despedazarse a grito herido.

Las palabras son más limitadas y más obvias. La poesía de la cual se habla tanto no es más que el último peldaño hacia las terrazas del silencio. Los momentos cumbres del amor tanto como las visiones del místico no pueden expresarse en la lengua de todos los días. Ni el ojo vio ni el oído oyó, dijo el apóstol al regreso de la visión beatífica camino de Damasco. Y la poeta y pintora judeo-argentina Marita Minujín escribió hace años en la pared de un museo en Medellín estas palabras que no he podido olvidar: “No me hables. Quiero estar contigo”.

*Este texto hace parte del libro *Cabos Suelos* (Fondo Editorial Eafit, 2017). Versión especial para *Universo Centro*.



Pasajeros de El Pasaje

por JUAN FERNANDO HERNÁNDEZ

Fotografías: Juan José Cuervo Calle

En el barrio Colón de la ciudad de Medellín, sobre la carrera Niquitao, se encuentra una de las casas en la cual habita parte de la memoria desventurada de la ciudad.

El Pasaje fue una casa familiar hasta principios de los setenta; ahora es un inquilinato con un pasado oscuro del cual la nueva administradora intenta rescatarlo.

La fachada del inquilinato la componen una carcomida puerta de madera pintada de azul, al igual que los marcos de sus ventanas, y los zócalos café oscuro que contrastan con el resto de la pared de un amarillo gastado. Una de las ventanas, que en vez de vidrio tiene una tabla delgada a manera de cortina, está protegida por una gran reja que deja leer el miedo ambiente. Frente a la puerta de El Pasaje, dentro de un coche, llora un bebé de aproximadamente un año.

Tras el portón se observa un corredor iluminado, con baldosas verdes, blancas, rojas, amarillas, algunas con diseños geométricos. Es una baldosa cuarteada, gastada por los incontables pasos que han marcado los pasajeros de la casa. Al final del corredor se observa la figura de Nubia sollozando; lleva un cuadro rojo bajo el brazo izquierdo y en la mano derecha sostiene una bolsa con ropa.

La primera alcoba después de la puerta de entrada es la de Mercedes, la administradora del inquilinato, una mujer joven que dejó su casa en un municipio del sur del Valle de Aburrá, huyendo de amenazas contra su vida. Ella dejó su pequeña hija al cuidado de su madre, y solo puede verla algunas veces al mes.

Mercedes es una mujer de carácter. Sin embargo, se conmueve fácilmente ante las necesidades primarias y apremiantes de sus inquilinos. Para evitarse problemas Mercedes ha decidido que en su administración solo alquilará piezas a parejas con un niño, aunque en El Pasaje hay familias de hasta cuatro pequeños que vivían allí antes de las nuevas políticas que no están escritas en ninguna parte. Algunos llevan años,

han hecho su familia en esos cuartos, llegaron con un solo hijo y ahora comparten colchones y cobijas con otros tres.

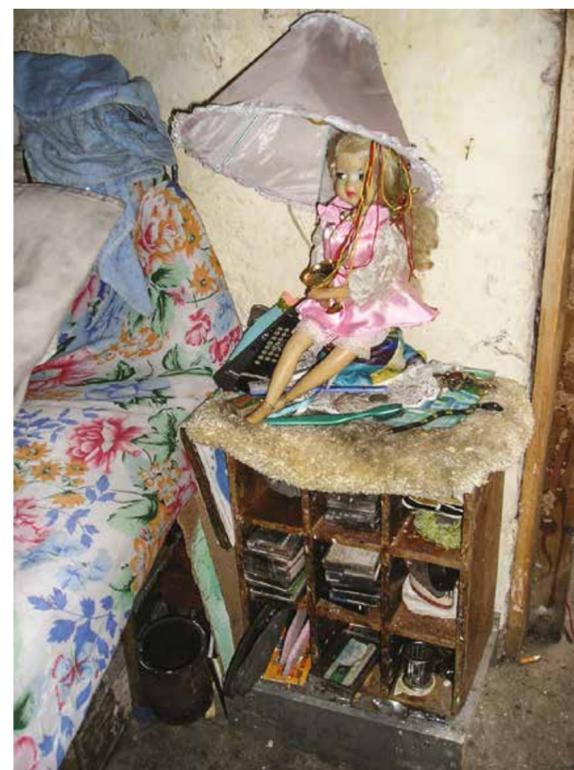
Uno de los temores más frecuentes de Mercedes son los fantasmas que habitan la casa; los hay de todas las formas: infantiles, adultos, masculinos, femeninos, en forma de sombras sin rostro, o como recuerdos cargados de muerte y gritos. “Una noche fui a lavar unos platos a la poceta de atrás, de repente, sentí un frío extraño, como si algo muy grave estuviera a punto de suceder, y al mismo tiempo me sentí observada. Solté inmediatamente los platos y salí corriendo a la pieza”, dice Mercedes con algo de terror.

A diferencia de otras habitaciones, la de Mercedes, donde vive con su joven compañero Fabián, no está sobrecargada de objetos; un rincón hace las veces de armario y nueve cachuchas, tres tarjetas con motivos adolescentes y tres angelitos adornan las paredes. El televisor a color grande ocupa el mejor lugar en la habitación, al lado de la cama, con parlantes conectados a un miniestéreo.

Mercedes nunca había vivido en un inquilinato; el día que su madre y hermanos fueron a visitarla con su pequeña niña, sintió un poco de vergüenza, pero su familia se tranquilizó al ver que ella y Fabián ocupan la mejor pieza. Además, quién lo creyera, resultó siendo la administradora y con algo de orgullo recuerda y hace cumplir las normas.

Aunque solo lleva nueve meses en el cargo, la administración de Mercedes ha dado algunos frutos; se observa el orden en las áreas comunes y ya no entran y salen extraños como si el pasaje fuera peatonal. “Aquí las cosas no son como antes —dice Mercedes—. Antes asesinaban mucho en los corredores, en las piezas. Por eso es que aquí espantan. En el solar y el primer piso debe haber personas enterradas”. El solar es un lote vacío detrás de la casa, separado de esta por un muro, y el primer piso es un sótano con patio central.

Con una amable sonrisa, que muestra cierta candidez adolescente, Mercedes seca con una toalla su larga cabellera



castaña mientras comenta los daños más frecuentes en la vieja casa de El Pasaje: “Las llaves de las pocetas, la obstrucción de los inodoros. También se pierden los objetos de uso personal, pero en esos casos no es un fantasma sino algún inquilino sin jabón o pasta dental”. En la alcoba número dos vive una mujer morena que dice que no puede atender a nadie en el momento porque está muy trabada; está con su compañero, un hombre trigueño con cara de pocos amigos. Un velo transparente en el marco de la puerta abierta desdibuja las figuras dentro del cuarto, salvaguardando un poco la intimidad y permitiendo el paso de la luz durante el día.

En la tercera alcoba viven Bernardo y Dalia, de veintinueve y diecisiete años respectivamente, tienen una niña de siete meses. Bernardo trabaja como mesero en un bar de stripis, pero lo que gana es poco para pagar los diez mil pesos del alquiler y la comida para los tres. Dice que pronto viajará a Pereira, ya que su mujer quiere estar con su familia y dejar de vivir en piezas: “Si yo encontrara quién me sirviera de fiador, me iría mejor a pagar arriendo a un apartamentico, pero nadie me hace ese favor”, dice pensando en el respaldo inexistente.

A Bernardo le gusta cocinar. En la cocina que comparte con otras cuatro familias inquilinas, prepara su almuerzo. Sobre la estufa encendida Bernardo destapa una olla que deja ver unas presas de pollo que al lado de papas, zanahorias, yucas y plátanos dan vueltas y vueltas, sumergiéndose y saliendo de nuevo a la superficie en medio de un caldo en ebullición aromatizado con cominos, cilantro y ajo. Bernardo muestra orgulloso su preparado, feliz con su buena sazón y con la suerte de tener un banquete cocinándose que puede mostrar.

Tras esa tercera pieza, el piso del corredor es de madera, alguna reparada, otra en mal estado, con huecos de tamaño considerable, obstáculos para los niños

y los borrachos. El corredor se hace más claro por la luz que irradia el patio inferior del sótano, donde juegan tres niños con una bomba mientras una esquelética mujer fuma su cigarro y los observa.

Nubia, que lloraba hace un rato en ese mismo corredor, ahora carga una canasta de bebé con prendas de vestir y juguetes. Está desocupando su pieza, la ayudan en su tarea dos niños y Bernardo, que por un momento abandona la preparación de su almuerzo para subir las pertenencias de la mujer por las escalas del sótano hacia el primer piso. La noche anterior Nubia tuvo problemas con su pareja y se irá a vivir a la pieza de su madre en otro inquilinato. Dalia observa y comenta: “Esta escena de los trasteos es algo común. Ayer sentí que Nubia lloraba toda la noche: si ella me hubiera pedido ayuda para algo, yo se la habría dado”.

Nubia recoge un televisor a blanco y negro, y mientras los niños y Bernardo le arriman el hombro para sacar las cosas hasta la puerta del inquilinato, ella le pide ayuda a un hombre para subir hasta su nueva pieza al niño en el coche que está en la puerta y desde hace un rato dejó de llorar. Se ha entretenido viendo el desfile de objetos que componen su mundo ambulante y todavía incomprendible.

De alguna de las piezas del sótano sale un olor a marihuana, que es como el incienso continuo de la vetusta casa de El Pasaje. En la pieza número trece de allí abajo viven dos adolescentes gemelas de unos trece o catorce años; una de ellas con un embarazo que ya es casi un parto. Salen juntas a lavar una renegrida olla chocolatera, se acompañan hasta para ir al baño, según dice una de ellas: “No se sabe cuándo alguien se la quiera parrandar a una”.

Una de las últimas piezas en el sótano de El Pasaje es la número diecisiete, donde vive un hombre con cuatro mujeres jóvenes tan esqueléticas como la mujer que observa jugar a los niños

con el globo. Una de ellas le cuenta a las otras los sucesos de la noche anterior: un taxista le pagó por sexo oral y ella se le goleó unos billetes mientras el cliente cerraba los ojos, concentrado en la mamada; todos se ríen de su hazaña, incluso el hombre que ahora sale sin camisa a la puerta y comienza a armar un cigarrillo de marihuana.

Nubia, que acababa de salir, regresa a la carrera por un desvencijado fogón de petróleo y echa una mirada a lo que ha quedado en la pieza: un catre, una colchona, unas cobijas, dos pequeñas mesas, un armario de mimbres sin puertas. Al lado de ese armario, tirados en el piso, dos ganchos de ropa, una correa vieja y la figurita de un superhéroe que perdió uno de sus brazos en alguna batalla en El Pasaje.

Nubia recoge las cobijas, luego el fogón y con un suspiro exclama: “¡Bueno, ya me bajé de este bus, hasta aquí llegó mi pasaje!”.

Es probable que algún día regrese. Como nómada de inquilinato sabe que su vida está signada a habitar ese tipo de casas. Nubia nació en una casa de inquilinato, en varias de ellas vivió su niñez y precisamente en El Pasaje llegó su primer hijo al mundo. Toda su vida ha cargado sus pertenencias de un inquilinato a otro, secándose las lágrimas dice: “Esto aquí es suave, ya no matan como antes cuando tiraban los muertos al solar. Yo he vivido en inquilinatos más ollas como Los Andes, La Casa Azul, y hasta en La Macabra en Lovaina”.

Mercedes se despide de Nubia con un hasta luego, convencida de su regreso; Nubia se despide con un breve gesto de las esqueléticas y del hombre sin camisa que ahora fuma su bareto; suerte, le dicen sin más afanes.

Nubia sube las escalas. Dalia y Bernardo que ahora disfrutan de su almuerzo, la ven perderse entre el humo de cannabis del pasillo, con las cobijas bajo el brazo y el viejo fogón de petróleo en una mano. ©



MÚSICA SATÁNICA



por JHON AGUDELO GARCÍA

Ilustración: Verónica Velásquez

Mi primer acto de rebeldía lo cometí a los doce años. Tenía una aburrida colección de camisas leñadoras, de todos los colores, que indefectiblemente debía usar por dentro del pantalón. Papá se aseguraba, antes de salir conmigo a la calle, de que no se arrumara la tela de forma que se percibiera el desdén con el que me la acomodaba. Algo difícil considerando mi extrema delgadez. Mi primer acto de rebeldía fue sacarme la camisa del pantalón. Cuando me presenté ante papá me latía el corazón a mil.

—No lo voy a esperar todo el día —dijo papá—. Métase esa camisa por dentro.

Quise decirle que no me la iba a meter, que me sentía tonto con la camisa por dentro, pero no me salía. Sabía las palabras que debía usar, pero no las usaba; dolían represadas en la garganta. Después, me acostumbre.

—¿Entonces? —dijo papá—, es para hoy.

Y se quedó esperando a que yo actuara, dibujando un temible arco con esas espesas cejas. Yo, inmóvil, con la siguiente frase ahogándome: No, no quiero, me siento incómodo y estúpido. El afán lo logró, sin embargo. Debía llevarme, por orden de mamá, a una cita con la odontóloga. Trámite que intentaba agilizar para sacarle rédito a su día libre. Sus amigos lo esperaban en una cantina, cerca de la fábrica, con mujeres que él tocaba y que obviamente no eran mamá. Y así fue como por primera vez salí a la calle con la camisa por fuera. Se trataba de una gran victoria. Mi primera victoria contra su tiranía. No porque él haya cedido, insisto, sino porque la prisa lo excedió. Papá era invencible.

Algunos amiguitos hablaban de sus papás como si se tratara de superhéroes. Yo prefería no hablar con ellos. No iban a entender que papá era invencible de otro modo. Solo hablaba con uno que siempre estaba rodeado de niñas. Para él era incómodo, me decía, que la

profesora titular, Regina, les hubiera pedido a sus alumnas de confianza que lo rodearan, que le hablaran, que no lo dejaran solo. Era incómodo para él saber que su amistad era impostada. La razón era que al principio de ese año su madre había muerto. La profesora Regina sentía compasión por él. Julián hablaba mucho de la fecha, pero no de la muerte de su madre. Decía que nunca se le iba a olvidar el 25 de enero, por el terremoto de Armenia. Yo ya estaba en condiciones de entender que evitaba el sismo que realmente lo había sacudido. Entonces le dije que me gustaba cumplir años porque el mismo día en que nació fue el accidente de Chernóbil. Y le expliqué de qué se trató, pues estaba entre mis absurdas obsesiones indagar sobre aquel acontecimiento. Así nos hicimos amigos.

Antes de sacarme la camisa del pantalón acepté cada cosa que me impuso mi padre. Acepté, por ejemplo, estudiar en un colegio católico. Allí hice la

primera comunión, por los regalos. Me dieron, además de objetos que cayeron en el olvido, dinero con el que por primera vez compré ropa de mi gusto: pantalón negro, botas negras y dos camisas de bandas de rock cuyos nombres no sabía pronunciar. Papá decía que vistiendo de esa forma estaba atrayendo malas energías. Entonces me prohibió vestir así. Y me preguntaba, vehemente, quién me había mostrado esa música satánica. Yo permanecía en silencio.

Para ese momento ya había cometiéndome mi segundo acto de rebeldía. Les dije a mis padres que no seguiría yendo a misa con ellos los domingos al mediodía. Les dije que desde ahora iría solo. Yo, solo, con la leñadora de turno por fuera. Otra gran victoria.

Las mejores noches sucedían cuando a Medellín venía la Fania All-Stars. Mis padres no se perdían ninguna de sus presentaciones. Me dejaban con mi abuela materna. Papá era recio para ordenar, pero sutil para mover la cadera. Mamá, pasiva, siempre dejó que él llevara el ritmo. Tuvieron que pasar cinco golpizas para que diera aviso a la policía.

Así fue como papá empezó a amaneecer en el calabozo. Mis abuelos, los padres de papá, se enojaban con mamá por denunciarlo. Les preocupaba, decían, que algún día lo echaran de la fábrica. Le decían a mamá que sería su culpa si papá quedaba desempleado, sin cómo darnos que comer. Mi abuela la llamaba desconsiderada, haciendo énfasis en cada sílaba.

Sin embargo, en los posteriores a las golpizas papá solía ser muy cariñoso. Le compraba regalos a mamá, iban solos a cine, como cuando eran novios, y me traían pollo o pizza. Nos decía que nos quería y que no volvería a suceder. Me dormía escuchándolos en la sala, susurrándose cosas bonitas, haciendo sonidos que me repugnaban. Así eran nuestros días felices.

Un día de esos felices, en agosto, papá me regaló una cometa. Una inmensa cometa que me enseñó a maniobrar. Me dijo que era un papagayo. Yo nunca había visto una cometa de tela. Para sostener su furia había que usar guantes. Me parecía todo muy serio, pero me gustaba. Sentía la fuerza de aquel pájaro artificial retando mi compostura. Papá, raro en él, me lo entregó, confió en mí. Se alejó unos metros y no dejó de mirarlo. Papá no era capaz de mirarme a los ojos. Vio, sin embargo, que aquel monstruoso juguete no me pudo vencer. Era una prueba de carácter. No dijo nada de mi camiseta de Cradle of Filth.

La profesora Regina decía que Julián y yo éramos uña y muga. Nada más desacertado. Si hubiese tenido el tacto para tratarlo —y evitar así su salida del colegio, dejándome tan solo para iniciar el bachillerato—, habría inferido que él era un terremoto.

En mis búsquedas alguna vez hallé una imagen de Chernóbil con la que tuve reiteradas pesadillas. Se puede ver un parque desolado, la niebla atravesándolo, hojas secas acumuladas en el piso, y una tenebrosa rueda de Chicago

que en mis sueños pude oír crujir. Eso sentía llevar por dentro, eso era yo y ni Regina ni nadie podían advertirlo: un parque sin gente, hojas secas, juegos en los que nadie juega.

A misa decía que iba, pero en realidad me quedaba por fuera de la iglesia. No necesitaba más religión que comer mango biche mientras veía con morbo a las primeras niñas que me parecían lindas. Se arreglaban sobremanera para ir a la liturgia, como si al igual que a los banales hombres, pudieran seducir con su apariencia al dios que visitaban, que no existe.

Una Navidad lo descubrí. Esperaba los regalos del Niño Dios. Había escrito una sentida carta explicándole por qué merecía lo que le pedía. Hice además todas las novenas, leyendo incluso unas cuantas. Lo merecía, de verdad. Pero llegó el día, el 24, las doce, la una de la madrugada, fingía dormir, y nada. Solo a las cuatro, cantando un vallenato, semidesnudo y bebiendo una botella de aguardiente, llegó papá con los regalos. Descubrí así que el Niño Dios no existía, que era papá en calzoncillos.

Entonces cometí mi tercer acto de rebeldía. No volví a misa de doce. Les dije que iría a la de siete, la de los novios. Solo, por supuesto.

Pero a veces el Niño Dios no llegaba, días sin llegar, entonces mis abuelos paternos, desesperados, lo buscaban primero en las casas de sus amigos, luego en sus cantinas de confianza y, al final, ese momento de incertidumbre: llamar a la morgue. Dice mi abuela materna que hombre que en los noventa no haya sido buscado en la morgue, no tuvo adolescencia. Sin embargo, lo normal era que papá estuviera vivo, vivo y sobrio, y llegara tarareando un vallenato, cínico, a preguntarme por qué tanto alboroto. Mamá sabía que estaba con alguna de sus amantes, pero ni un reclamo, bailaba al ritmo de papá. Reclamar era provocar uno de sus ataques de ira. Argumentaba que si ella pensaba así de él, era porque su culpa tenía. Así conocí las primeras palabras soeces, las que en mi boca eran detenidas con un golpe seco: puta y ramera. Dos señoras que en nada se parecían a mamá.

Había momentos, no obstante, en que sentía que con papá había complicidad. Pasaba que mamá me castigaba por ir mal en el colegio, prohibiéndome ver los partidos de Nacional. Recuerdo sobre todo la Supercopa, torneo reservado para los campeones de la Libertadores. Triste, al borde del llanto, me refugiaba en mi cuarto a oír los partidos en la radio. Papá, contradiciendo el castigo de mamá, me invitaba al cuarto de ellos a ver el partido, mientras mamá furiosa hacía cosas como planchar su ropa y prepararle la comida para llevar al otro día a la fábrica. Y murmuraba, entre otros reclamos, que su opinión no contaba en casa.

Al comienzo pensaba que eximirme de castigos era la forma en que papá se reivindicaba conmigo, pero con el tiempo entendí que era otra manera de legitimar su tiranía sobre nosotros.

El recuerdo más sólido que tengo de papá es el de su cuerpo moreno desparramado en una silla, con el torso desnudo y el pantalón medio caído, frente a un televisor de trece canales, vociferando órdenes a mamá y advertencias a mí: Los hombres no se meten en la cocina, sálgase de ahí que solo estorba, se va a volver marica.

Si papá era el mejor amigo de la televisión, mi mejor amigo era la radio. En ella me refugiaba en Semana Santa, por ejemplo, cuando papá impedía que viéramos programas distintos a la vida y obra de Jesús. Ver la Pantera Rosa, Los Pitufos, El juego de la oca era pecado. Quizá por eso nunca me sentí adaptado a su religión, que siempre vi como un espacio de amargura, contra la diversión. Pero me quedaba la radio, me quedaba imaginar lo que voces amenas me iban diciendo. Encerrado en mi cuarto, escuchando debates de política y fútbol, según Julián, envejecí antes de tiempo. Y sí, mi imaginación se disparó. De mil formas maté a papá en mi cabeza.

El día que le dije a papá que por ganar noveno quería una guitarra eléctrica, me dijo que mi prioridad era el estudio. ¿Se enloqueció, o qué? Me reprimí, siempre tratándome de usted, dejando claro, incluso en el lenguaje, que entre él y yo, él y mamá, había una distancia. Papá creía que yo quería la guitarra para hacer música satánica. Lo cual, desde mi perspectiva, era acertado. Para él, todo lo que no estuviera bajo su limitada visión del mundo era satánico. Papa defendía el poder que se arroga una especie de santidad. A través de él pude sentir siempre la metáfora de una opresión más grande: un gobierno, un país, una historia. ©

3ra FERIA DEL PERO
Sábado 29 de Julio 2017
Calle 49 B 75 - 33 Sector Estadio
Información: 2605685 - 2609160

PALINURO Libros leídos
GRAMATA TEXTOS
Clementina cafe

15 & 16 julio >>>>>
ESTAREMOS PRESENTES EN EL BAZAR DE ARTISTAS Y CREATIVOS!!
LUGAR: CIUDAD DEL RÍO
@AGUANEDELLE2017 #AGUA

agguua
MODAS Y ACCESORIOS

Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

Piensa hacia donde diriges tu estrategia.
Construimos sitios web para móviles y apps

cohete.net

Comida saludable para gente sintiente
 CLASES DE YOGA,
 REIKI Y MEDITACIÓN

Carrera 64C # 48-188
 Suramericana 5 local 101

Restaurante
EL ARBOL DE LA VIDA
 Comida Natural



Teléfono: 2302522

En Carlos E Restrepo



Comida gourmet de origen
 Calle 53 # 64A-43
Reservas: 2601685



Abrimos nuestras puertas por primera vez el 2 de septiembre de 1999, desde entonces no hemos parado. Un lugar sencillo y con alma... ubicado frente al parque-bulevar de Carlos E. Restrepo.

MARTES A SÁBADO: 3PM A 12M
 DOMINGOS Y LUNES: 4PM A 10PM
 CARRERA 64B # 51-94
 INSTAGRAM: CIUDADCAFEMEDELLIN

Teléfono: 2600210 • Fb: @ciudadcafemed



MUEBLES Y OBJETOS DECORATIVOS.
 VENTA Y ALQUILER

Calle 9 # 43B-151 El Poblado
Teléfono: 2666679

PIZZERIA
 CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
 Calle 57 (Argentina) # 41-57
 Reservas: 254 45 10



Servicio a domicilio 230 40 56
 CALLE 53 # 64A-51 PARQUE PRINCIPAL CARLOS E. RESTREPO

EL MEJOR ROCK DE TODOS LOS TIEMPOS

VALHALA
 rock bar

Carrera 81 #32-124 local 135
 Centro Comercial Nueva Villa de Aburrá.

Email: info@valhalabar.com
 Horario: lunes a domingo de 6:00 p.m. a 2:00 a.m.



Teléfono: 250 56 98

EXLIBRIS  café libros repostería

CAFÉ LIBRERÍA REPOSTERÍA
 MENÚ DEL DÍA SIEMPRE DELICIOSO
 EL MEJOR CAFÉ CON LA MEJOR REPOSTERÍA
 LIBROS DE TODO TIPO CON ÉNFASIS EN ILUSTRADOS

Calle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E. Restrepo
 Abrimos de lunes a sábado de 9 a 9

Teléfono: 230 18 36



MENÚ DIARIO, ALMUERZOS EMPRESARIALES, CELEBRACIONES, CINEFORO, CATAS DE VINO Y CERVEZA

Calle 52 #64A-29
 Carlos E. Restrepo

Lunes a sábado de 12:00 p.m. a 11:30 p.m.
 Domingos de 1:00 p.m. a 10:00 p.m.

Teléfono: 230 85 43

Somos un restaurante de comida rápida VEGETARIANA para comer deeeespacitooooo



Plato del día / Wraps
 Ensaladas / Hamburguesas
 Bebidas ¡y mucho más!

Abrimos los domingos

f Calle 53 # 42-17
 Medellin
 (574) 4483516 

Los cincuenta de Cien



por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Ilustración: Manuel Celis Vivas

La primera vez que supe de G.G.M. fue a través de un tío paterno, quien, cada vez que se emborrachaba en familia, ponía el discurso de aceptación del premio Nobel, que había grabado en beta. Mis primos y yo correteábamos por toda la casa y él pescaba en río revuelto, cargaba al que se dejaba agarrar y no lo soltaba hasta que terminara aquel discurso. Una de esas veces agarró al primo equivocado y se armó la gorda. El papá de ese primo, tío político mío y a la sazón militante de la UP, se atrevió a cuestionar las palabras de G.G.M. en Estocolmo. Hace unos días recordamos ese episodio y me reiteró su cuestionamiento: aparte de escupir que es un “colombiano errante y nostálgico”, ¿cómo es posible que no haya mencionado a Colombia? ¿Cómo es posible que haya listado sátrapas de toda Latinoamérica y ninguno colombiano? ¿Cómo era posible? ¿Si lo errante y nostálgico, en una píldora, se denomina exilio, y la enfermedad fue el estatuto de seguridad de Turbay Ayala? La respuesta de mi tío político es que ese día G.G.M. aceptó ser nuestro escritor nacional, el escritor nacional de Colombia. Yo le seguí la corriente, e incluso me dejé llevar, puse algunos ejemplos para ilustrar su respuesta. En quinto, sexto, séptimo, octavo, noveno y décimo, tuve que leer *Cien años de...* Por eso, seguramente, en Letras: Filología Hispánica no hay un solo profesor que no haya usado ese libro para puntualizar alguna idea. Tanto que un compañero antiG.G.M. se empeñó en llevar la cuenta. Finalizando el segundo semestre el número se acercó peligrosamente a cien, y el compañero decidió darle un premio al profesor centenario. Se lo ganó el profesor neonazi que parodiaba a Chávez en clase y que está convencido de que la mejor adaptación cinematográfica de la historia universal es *Highlander*. El premio fue una fotocopia que reproducía la opinión de Pasolini acerca de *Cien años de...*: “Parece ser un lugar común considerarla como una obra maestra. Este hecho me parece absolutamente ridículo. Se trata de la novela de un escenógrafo o de un utilero, escrita con gran vitalidad y derroche de tradicional manierismo barroco latinoamericano, casi para el uso de una gran empresa cinematográfica”. Según el compañero antiG.G.M., por venir del factórum de las artes del siglo XX, a G.G.M. le debió haber dolido mucho esa crítica, a tal punto que siempre rechazó cualquier ofrecimiento para llevar *Cien años de...* a la gran pantalla. El compañero antiG.G.M. siguió llevando la cuenta y regalando la fotocopia venenosa de Pasolini, si bien, ahora se la entregaba al profesor que hiciera la mención número veinticinco de la novela más comercial de Macondo. Promediando el sexto semestre ya no había, prácticamente, ningún profesor de filología sin su fotocopia anti *Cien años de...* Sin embargo, ese hecho no los refrenó y el índice de menciones creció un 22%. El piso del índice es 1.7 y el techo 2.5, luego, sabiendo que su divisor es el número de créditos, diez sería el número máximo de veces que, en promedio, un profesor de

filología hace mención de la obra a lo largo de un semestre. Pero esa no es la inferencia más interesante, si se contrasta ese índice con el número de deserciones tardías, o sea con las que ocurren más allá del quinto semestre, se encuentra que el máximo de esas deserciones siempre está precedido por el pico más alto del índice. El compañero antiG.G.M. cree que allí hay una relación de causalidad, pero yo le sostengo que es una simple coincidencia que se explica por sí sola: al igual que los profesores, el pécsum de filología se repite a partir del sexto semestre, por lo tanto, graduarse de filología es hacerlo dos veces, y desertar tardíamente es como graduarse una vez. Pero él dice que mi explicación no contradice la suya, sino que la refuerza. Según sus mediciones, de los estudiantes que finalmente se gradúan, tan solo el 29% no manifiesta ningún sentimiento anti *Cien años de...* De esos, el 77% se gradúa más rápido y con los mejores promedios de la carrera. Luego, según el compañero antiG.G.M., los estudiantes que no desarrollan ninguna aversión a *Cien años de...* son los que mejor se adaptan al tiempo circular del pécsum de Letras: Filología Hispánica.

Posdata: Esto tuiteó mi tío político cuando se lanzó la propuesta de rebautizar el edificio del Congreso con el nombre del Nobel colombiano: “Los más optimistas dicen que el posconflicto será un lapso de cuarenta años, mientras que los más pesimistas afirman que llegará a cien. Nombremos a esa etapa: G.G.M.”. ©

¡APRENDE FRANCÉS, EL IDIOMA DEL TOUR DE FRANCE! 

“ La vie, c’est comme une bicyclette, il faut avancer pour ne pas perdre l’équilibre ”
 Albert Einstein



af Alliance Française Medellin

Descubre, aprende y disfruta en francés!
 Découvrez, apprenez et amusez-vous en français

444 2620
 medellin.alliancefrancaise.org.co



cinéfagos.net 10 años

cine colombiano, crítica de cine, cómics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

[/cinefagos.net](https://www.facebook.com/cinefagos.net) [@cinefagosnet](https://twitter.com/cinefagosnet)

PLANETARIO DE MEDELLÍN

LA VIDA SOCIAL DEL SISTEMA SOLAR

HOY

LA LUNA
¿HIJA DE LA TIERRA?

La Luna nació **violentamente**

Hace **4.500 millones de años**, un objeto del tamaño de Marte

chocó contra la **joven Tierra**

De esta colisión se desprendieron rocas que formaron **la Luna**

Por eso se dice que **la Luna es hija de la Tierra**

En el pasado madre e hija fueron **más cercanas**

Y continuará alejándose, debido al fuerte **tirón gravitacional del Sol**

Hoy la Luna está **18 VECES MÁS LEJOS** de la Tierra que cuando nació.

Visita el Planetario y el Parque Explora
La ciencia nos ayuda a mirar, de otra manera.

www.planetariomedellin.org

parque **explora** | Bancolombia | Alcaldía de Medellín **Cuenta con vos**



9^a JUVENIL DE PARADA LA LECTURA

IDENTIDADES

*que se construyen
echando a volar
la imaginación*

Julio 15 al 16

2:00 p.m. a 6:00 a.m.

16 horas continuas de programación

UVA de La Imaginación

Entrada libre

   #ParadaJuvenil

www.fiestadellibroylacultura.com

EN ASOCIO CON

bpp BIBLIOTECA
PÚBLICA
PILOTO



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos